[illegible] capitalismo. En este libro se estudian algunos [illegible] referentes al desarrollo europeo que surgió del [illegible] antiguo al mundo medieval. A partir de un análisis [illegible] general del modo de producción esclavista se examinan las estructuras sociales y políticas de las sociedades griega, helenística y romana. Las razones de la caída del sistema imperial romano, que pone fin a la Antigüedad, se examinan a la luz de las [illegible] regionales dentro del Imperio y de la evolución de las [illegible] germánicas en sus fronteras.

Tras una panorámica de la Edad Oscura que sobre los siglos V-[illegible] traza un cuadro de la aparición en Europa occidental del feudalismo en cuanto nuevo modo de producción, sobre [illegible] diferentes formaciones [illegible] (de Inglaterra a Italia, de [illegible]) y [illegible] especial evolución de [illegible] los inicios del mundo [illegible] y de [illegible] Carolingia [illegible]

[illegible] inmediato en el volumen II [illegible]

[illegible] es bien conocido por su [illegible] Rouen. Siglo XIII [illegible] sobre el marxismo occidental.

transición de antigüedad al feudalismo

[illegible]

[illegible]

Traducción de
SANTOS JULIA

TRANSICIONES DE LA ANTIGUEDAD AL FEUDALISMO

por

PERRY ANDERSON

4. ROMA

El auge de Roma representó un nuevo ciclo de la expansión urbano-imperial, que significó no sólo un desplazamiento geográfico del centro de gravedad del mundo antiguo hacia Italia, sino un desarrollo socioeconómico del modo de producción iniciado en Grecia que hizo posible un dinamismo mucho mayor y más duradero que el producido en la época helenística. Los primeros pasos de la República romana siguieron el curso normal de cualquier ciudad-Estado clásica en su fase de ascensión: guerras locales con las ciudades rivales, anexión de tierras, sometimiento de los «aliados», fundación de colonias. Sin embargo, en un aspecto fundamental, el expansionismo romano se distinguió desde el comienzo de la experiencia griega. La evolución constitucional de la ciudad conservó el poder político aristocrático hasta la misma fase clásica de su civilización urbana. La monarquía arcaica fue derrocada por una nobleza en la primerísima fase de su existencia, a finales del siglo VI a. C., en un cambio estrictamente comparable al modelo helénico. Pero a partir de entonces, y a diferencia de las ciudades griegas, Roma nunca conoció las sacudidas del gobierno de los tiranos que rompieran el predominio de la aristocracia y condujeran a una posterior democratización de la ciudad, basada en una firme agricultura de pequeños y medianos propietarios. En lugar de ello, una nobleza hereditaria mantuvo intacto su poder por medio de una constitución civil extremadamente compleja, que sufrió importantes modificaciones populares en el transcurso de una prolongada y feroz lucha social dentro de la ciudad, pero que nunca fue abrogada ni sustituida. La República estuvo dominada por el Senado, que, a su vez, estuvo controlado durante los dos primeros siglos de su existencia por un pequeño grupo de clanes patricios. La pertenencia al Senado, al que se accedía por cooptación, era vitalicia. Los magistrados anuales, a cuya cabeza estaban los dos cónsules, eran elegidos por las «asambleas del pueblo», que comprendían a todos los ciudadanos de Roma, aunque organizados en unidades «centu-

riadas» de peso desigual para garantizar una mayoría de las clases poseedoras. Los consulados eran los cargos ejecutivos supremos del Estado y estuvieron legalmente monopolizados hasta el año 366 a. C. por el orden cerrado de los patricios.

Esta estructura primigenia encarnaba el dominio político de la pura y simple aristocracia tradicional. Posteriormente fue modificada y transformada en dos aspectos importantes, tras las sucesivas luchas que originaron el equivalente romano más cercano a las fases griegas de «tiranía» y «democracia», pero que en cada ocasión se quedaron radicalmente cortas respecto al desenlace final de Grecia. Ante todo, los «plebeyos» recién enriquecidos obligaron a la nobleza «patricia» a concederles el acceso a uno de los dos consulados anuales a partir del año 366 a. C., aunque sólo cerca de doscientos años después, en el 172 a. C., ambos cónsules fueron plebeyos por vez primera. Este cambio lento condujo a una ampliación en la composición del mismo Senado, porque los antiguos cónsules pasaban a ser automáticamente senadores. El resultado de ello fue la formación social de una amplia nobleza, que incluía tanto a familias «patricias» como a «plebeyas», y no el derrocamiento político del sistema de gobierno aristocrático, como había ocurrido en Grecia durante la época de los tiranos. Cronológica y sociológicamente superpuesta a esta pugna entre los estratos más ricos de la República tuvo lugar una lucha de las clases más pobres para conseguir mayores derechos dentro de ella. La presión de estas clases desembocó muy pronto en la creación del tribunado de la plebe, representación corporativa de las masas populares de ciudadanos. Los tribunos eran elegidos todos los años por una asamblea de «tribus» que, a diferencia de la asamblea «centuriada», fue en principio genuinamente igualitaria. Las «tribus» eran realmente territoriales, como en la Grecia arcaica, y no divisiones de la población en razón del parentesco; había cuatro en la propia ciudad y 17 fuera de ella (lo que es un índice del grado de urbanización de la época). El tribunado formaba un organismo ejecutivo secundario y paralelo, destinado a proteger a los pobres contra la opresión de los ricos. Finalmente, a principios del siglo III, las asambleas tribales que elegían a los tribunos obtuvieron derechos legislativos, y los mismos tribunos consiguieron el derecho nominal de veto sobre los actos de los cónsules y los decretos del Senado.

El sentido de esta evolución correspondía al proceso que ya había conducido a la *polis* democrática de Grecia. Pero el proceso se detuvo, también en esta ocasión, antes de que llegara

a amenazar con una nueva constitución política para la ciudad. El tribunado y la asamblea tribal se añadieron simplemente a las instituciones centrales ya existentes del Senado, los consulados y la asamblea centuriada. Así, no entrañaron una abolición interna del complejo oligárquico de poder que dirigía a la República, sino unos añadidos exteriores cuya importancia práctica fue con frecuencia mucho menor que su potencial formal. En efecto, la lucha de las clases más pobres fue dirigida generalmente por plebeyos ricos, que se hacían campeones de la causa popular para defender sus propios intereses de arribistas, y esto continuó siendo verdad incluso después de que los nuevos ricos hubieran conseguido el acceso al propio orden senatorial. Los tribunos, que normalmente eran hombres de considerable fortuna, se convertían así durante largos períodos en instrumentos dóciles del Senado [1]. La supremacía aristocrática dentro de la República no recibió ninguna fuerte sacudida; simplemente, una plutocracia de ricos engrosó las filas de una nobleza de nacimiento, utilizando ambas unos amplios sistemas de «clientelismo» para asegurarse el complaciente seguidismo de las masas urbanas y prodigando el soborno habitual para garantizar la elección a las magistraturas anuales a través de la asamblea centuriada. La República romana mantuvo, pues, el dominio oligárquico tradicional, por medio de una compleja constitución, hasta la época clásica de su historia.

La resultante estructura social de los ciudadanos romanos fue, por tanto, inevitablemente distinta de la que había caracterizado a la Grecia clásica. La nobleza patricia había luchado desde muy pronto para concentrar en sus manos la propiedad de la tierra, reduciendo a los campesinos libres más pobres a la servidumbre por deudas (como en Grecia) y apropiándose el *ager publicus* o tierras comunales que éstos utilizaban para pastos y cultivos. La tendencia a reducir al campesinado, por medio de la servidumbre por deudas, a la condición de arrendatarios dependientes fue detenida, aunque persistiera el problema de las deudas [2], pero no lo fue la expropiación del *ager*

[1] P. A. Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, Londres, 1971, páginas 58, 66-7. Este librito es un análisis magistral de las luchas de clases durante la República a la luz de la moderna investigación histórica.

[2] Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 55-7. La institución legal de la servidumbre por deudas —el *nexum*— fue abolida en el año 326 a. C. Brunt quizá minimiza un poco las consecuencias de esta abolición al insistir en el hecho de que el *nexum* pudo resucitar después en otras versiones de carácter informal. La historia de la formación social romana habría sido ciertamente muy distinta si durante la República se hubiera consolidado un campesinado jurídicamente dependiente bajo una clase social de terratenientes. De hecho, el endeudamiento rural condujo a la concentración de la propiedad agrícola en manos de la nobleza, pero no a una fuerza laboral adscrita al suelo y puesta a su disposición. La esclavitud habría de proporcionar la mano de obra para sus fincas, produciendo una configuración social muy diferente.

publicus ni la depresión de los pequeños y medianos agricultores. Para estabilizar la propiedad rural de los ciudadanos ordinarios de Roma no se produjo ninguna insurrección económica o política comparable a la que había ocurrido en Atenas o, de forma diferente, en Esparta. Cuando, finalmente, los Gracos intentaron seguir el camino de Solón y Pisístrato era ya demasiado tarde. Por entonces —siglo II a. C.— se necesitaban medidas mucho más radicales que las adoptadas en Atenas para salvar la situación de los pobres —nada menos que una redistribución de la tierra, exigida por los hermanos Graco— con la posibilidad tanto menor de que pudieran llevarse a cabo contra la oposición aristocrática. De hecho, en la República romana nunca tuvo lugar una reforma agraria duradera o sustancial, a pesar de la constante agitación y turbulencia en torno a esta cuestión durante la época final de su existencia. El dominio político de la nobleza bloqueó todos los esfuerzos que se hicieron para invertir la incesante polarización social de la propiedad de la tierra. El resultado fue la continua erosión de la clase de agricultores modestos que había constituido el esqueleto de la *polis* griega. El equivalente romano de la categoría de los hoplitas —hombres que podían equiparse a sí mismos con las armaduras y armas necesarias para el servicio de infantería en las legiones— eran los *assidui*, es decir, «los asentados en la tierra», que poseían los necesarios requisitos de propiedad para portar sus propias armas. Por debajo de ellos estaban los *proletarii*, ciudadanos sin propiedades, cuyo único servicio al Estado consistía simplemente en tener hijos (*proles*). La creciente monopolización de la tierra por la aristocracia se tradujo, pues, en un continuo descenso del número de *assidui* y en un inexorable aumento en la extensión de la clase de los *proletarii*. Por otra parte, el expansionismo militar de Roma también tendió a reducir las filas de los *assidui*, de las que procedían los soldados y las bajas en los ejércitos que lo llevaban a cabo. A consecuencia de todo esto, hacia finales del siglo III a. C., los *proletarii* ya constituían probablemente la mayoría absoluta de los ciudadanos y fue preciso llamarlos para contener la amenaza de la invasión de Italia por

Aníbal; mientras los requisitos de propiedad de los *assidui* se reducían a la mitad, hasta que en el siglo siguiente aquéllos descendieron por debajo del mínimo de subsistencia [3].

Los pequeños propietarios nunca desaparecieron por completo en Italia, pero fueron alejados progresivamente hacia los rincones más remotos y precarios del país, hacia las regiones pantanosas o montañosas que no atraían a los grandes propietarios. Así, la estructura del sistema político romano en la época republicana acabó diferenciándose profundamente de todo precedente griego, porque mientras el campo se llenaba de grandes dominios nobiliarios, la ciudad se poblaba de una masa proletarizada, desprovista de tierras o de cualquier otra propiedad. Esta amplia y desesperada subclase, una vez completamente urbanizada, perdió toda voluntad de retornar a la condición del pequeño propietario y pudo ser manipulada con frecuencia por las camarillas aristocráticas contra los proyectos de reforma agraria apoyados por los agricultores *assidui* [4]. Su posición estratégica en la capital de un imperio en expansión obligó, en último término, a la clase dirigente romana a pacificar sus inmediatos intereses materiales por medio de distribuciones públicas de grano. Esos repartos fueron, en realidad, el mezquino sustituto de la distribución de la tierra, que nunca tuvo lugar. Para la oligarquía senatorial que controlaba la República era preferible un proletariado pasivo y consumista a un campesino recalcitrante y productivo.

Ahora ya es posible analizar las repercusiones que esta configuración social tuvo sobre el curso específico del expansionismo romano. El desarrollo del poderío civil romano se distinguió de los ejemplos griegos en dos aspectos fundamentales, directamente relacionados ambos con la estructura interna de la ciudad. En primer lugar, Roma se mostró capaz de ampliar

[3] Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 13-4. Incluso después de que Mario aboliera los requisitos de propiedad para la conscripción, las legiones continuaron teniendo una composición mayoritariamente rural. Brunt: «The army and the land in the Roman Revolution», *The Journal of Roman Studies*, 1962, p. 74.

[4] Tiberio Graco, tribuno defensor de una *Lex Agraria*, denunció el empobrecimiento de los pequeños propietarios: «Los hombres que luchan y mueren por Italia comparten su aire y su luz, pero nada más [...] Luchan y mueren para mantener la riqueza y los lujos de otros, y aunque reciben el título de dueños del mundo, no tienen ni un simple pedazo de tierra que sea suyo». (Plutarco, *Tiberi us and Caius Gracchus*, IX, 5). Tiberio Graco, ídolo del pequeño campesinado, fue linchado por una multitud urbana inflamada contra él por los patronos senatoriales.

su propio sistema político para incluir a las ciudades italianas que subyugó en el transcurso de su expansión peninsular. A diferencia de Atenas, Roma exigió a sus aliados, desde el principio, soldados para sus ejércitos y no dinero para su tesoro, con lo que aliviaba el peso de su dominio en tiempos de paz y los ataba firmemente a ella en tiempos de guerra. En esto, Roma siguió el ejemplo de Esparta, aunque su control militar centralizado sobre las tropas aliadas fue siempre mucho mayor. Pero, además, Roma fue capaz de conseguir que estos aliados se integraran en su propio sistema político de una forma a la que nunca pudo aspirar ninguna ciudad griega. Lo que permitió este hecho fue la peculiar estructura social de Roma. Incluso la más oligárquica de las *poleis* griegas de la época clásica estaba basada fundamentalmente en una clase media de ciudadanos propietarios que hacía imposibles las extremas disparidades económicas entre ricos y pobres dentro de la ciudad. El autoritarismo político de Esparta —caso ejemplar de la oligarquía helénica— no significó una polarización de clases entre los ciudadanos, sino que, como ya hemos visto, fue acompañado en la época clásica de un señalado igualitarismo económico, que probablemente incluía la concesión a todos los espartanos de propiedades estatales inalienables, precisamente para salvar a los hoplitas del tipo de «proletarización» que sufrieron en Roma [5]. La *polis* clásica de Grecia conservó, cualquiera que

[5] La decadencia de Esparta tras la guerra del Peloponeso fue acompañada, por el contrario, de un enorme abismo económico entre los ciudadanos ricos y los empobrecidos, en el marco de una contracción demográfica y una desmoralización política. Pero las tradiciones de igualdad marcial se mantuvieron tan intensa y profundamente que en el siglo II antes de Cristo, en el mismo punto final de su historia, Esparta presenció los sorprendentes episodios de los reyes radicales Agis II, Cleómenes III y, sobre todo, Nabis. El programa social de Nabis para la reactivación de Esparta incluía el exilio de los nobles, la abolición del eforado, la concesión de ciudadanía a los súbditos locales, la emancipación de los esclavos y la distribución a los pobres de las tierras confiscadas. Era probablemente el conjunto de medidas revolucionarias más coherente y de más amplio alcance jamás formulado en la Antigüedad. Esta última explosión de la vitalidad política helénica se oculta con demasiada frecuencia como si se tratara de una posdata aberrante o marginal a la Grecia clásica. En realidad, arroja una reveladora y retrospectiva luz sobre la naturaleza del sistema político espartano en el momento de su esplendor. En una de las confrontaciones más dramáticas de la Antigüedad, en el punto exacto de la intersección entre el eclipse de Grecia y la ascensión de Roma, Nabis se enfrentó a Quinto Flaminio —jefe de los ejércitos enviados para extirpar el ejemplo de la subversión espartana— con estas significativas palabras: «No exijáis que Esparta se pliegue a vuestras propias leyes e instituciones [...] Vosotros escogéis vues-

fuese su grado relativo de democracia y oligarquía, una unidad cívica enraizada en la propiedad rural de su inmediata vecindad; por esta misma razón, la *polis* griega era territorialmente inelástica e incapaz de extenderse sin perder su propia identidad. La constitución romana, por el contrario, no era sólo formalmente oligárquica, sino que su contenido era mucho más profundamente aristocrático, porque se basaba en una estratificación ecónomica de la sociedad romana de un orden completamente distinto. Esto hizo posible la ampliación de la ciudadanía romana a las clases dirigentes similares de las ciudades aliadas de Italia, que eran socialmente análogas a la misma nobleza romana y se habían beneficiado de las conquistas ultramarinas de Roma. Las ciudades italianas se rebelaron finalmente contra Roma en el año 91 a. C., cuando fue rechazada su petición de ciudadanía romana, algo que ningún aliado de Atenas o de Esparta había pedido jamás. Pero incluso en esta ocasión, el objetivo de su guerra fue un Estado peninsular italiano con una capital y un Senado, en consciente imitación del orden unitario romano, y no una vuelta a las dispersas independencias municipales [6]. La rebelión italiana fue sofocada militarmente en la larga y encarnizada lucha de la llamada guerra social. Pero en medio del posterior torbellino de las guerras civiles dentro de la República, entre las facciones de Mario y Sila, el Senado pudo conceder las reivindicaciones políticas básicas de los aliados, porque el carácter de la clase dirigente romana y de su Constitución facilitaban una ampliación viable de la ciudadanía a las otras ciudades italianas, gobernadas por un patriciado urbano de carácter similar al de la clase senatorial, con la riqueza y el ocio necesarios para participar, incluso desde lejos, en el sistema político de la República. La nobleza italiana no satisfizo de forma inmediata todas sus aspiraciones políticas de cargos centrales en el Estado romano y,

tra caballería e infantería de acuerdo con sus requisitos de propiedad y deseáis que unos pocos sobresalgan en riqueza y que las gentes del común estén sometidas a ellos. Nuestro legislador no quiso que el Estado estuviera en manos de unos pocos, a quienes vosotros llamáis Senado, ni que ninguna clase tuviera supremacía en el Estado. Nuestro legislador creía que por la igualdad de fortuna y de dignidad habría muchos que empuñarían las armas por su país» (Livio, *Histories*, XXXIV, XXXI, 17-18).

[6] P. A. Brunt, «Italian aims at the time of the Social War», *The Journal of Roman Studies*, 1965, pp. 90-109. Brunt cree que el siglo de paz en Italia tras la derrota de Aníbal fue una de las razones que convencieron a los aliados de las ventajas de la unidad política.

tras la concesión de la ciudadanía, sus ulteriores ambiciones habrían de constituir una poderosa fuerza para las transformaciones sociales de una época posterior. Pero su integración política representó, a pesar de todo, un paso decisivo en la futura estructura de todo el Imperio romano. La relativa flexibilidad institucional que esa integración demostraba dio a Roma una ventaja notable en su ascensión imperial, porque con ella se evitaron los dos polos entre los que se había dividido y hundido la expansión griega: el cierre prematuro e impotente de la ciudad-Estado o el meteórico triunfalismo monárquico efectuado a costa de ella. La fórmula política de la República de Roma representó un avance notable en eficacia relativa.

Con todo, la innovación decisiva de la expansión de Roma fue en último término económica, y consistió en la introducción, por vez primera en la Antigüedad, de los grandes latifundios esclavistas. Como ya hemos señalado, la agricultura griega utilizó ampliamente a los esclavos, pero estuvo limitada a zonas pequeñas, con una población escasa, debido a que la civilización griega siempre tuvo un carácter precariamente costero e insular. Además, y sobre todo, las fincas del Atica o Mesenia cultivadas por esclavos siempre tuvieron una extensión muy modesta, quizá de una media situada entre 12 y 24 hectáreas, como mucho. Este modelo rural estaba ligado, naturalmente, a la estructura social de la *polis* griega, que carecía de grandes concentraciones de riqueza. La civilización helenística había conocido, por el contrario, enormes concentraciones de tierras en manos de las dinastías y de la nobleza, pero no una esclavitud agrícola generalizada. La República romana fue la primera que unió a la gran propiedad agraria el trabajo de esclavos en el campo a gran escala. La aparición de la esclavitud como modo organizado de producción inauguró, como ya había sucedido en Grecia, la época clásica propiamente dicha de la civilización romana, el apogeo de su poderío y de su cultura. Pero si bien en Grecia había coincidido con la estabilización de las pequeñas fincas y de un cuerpo compacto de ciudadanos, en Roma quedó sistematizada por una aristocracia urbana que gozaba ya del dominio social y económico de la ciudad. El resultado de ello fue la nueva institución rural del gran latifundio esclavista. La mano de obra utilizada en estas enormes propiedades, que surgieron a partir de finales del siglo III, fue suministrada por la espectacular serie de campañas que dieron a Roma el dominio del mundo mediterráneo: las guerras púnicas y macedónicas, las guerras contra Yugurta y

Mitrídates y la guerra de las Galias, que colmaron a Italia de militares cautivos en beneficio de la clase dirigente. Al mismo tiempo, las feroces y sucesivas batallas que tuvieron lugar en el mismo suelo de la península —las guerras de Aníbal y las guerras social y civil— pusieron bajo el control de la oligarquía senatorial o de sus facciones victoriosas grandes territorios expropiados a las víctimas derrotadas en otros conflictos, de forma especial en el sur de Italia [7]. Por otra parte, esas mismas guerras en el exterior y en el interior acentuaron dramáticamente la decadencia del campesinado romano, que en otros tiempos había constituido la sólida base de pequeños propietarios de la pirámide social de la ciudad. La continua situación de guerra entrañaba una movilización sin fin. Los ciudadanos *assidui*, llamados años tras año a la legión, caían a millares bajo sus banderas, mientras que los supervivientes eran incapaces de conservar sus tierras, absorbidas de forma creciente por la nobleza. Desde el año 200 al 167 a. C., el 10 por ciento o más de todos los hombres libres y adultos de Roma estuvieron alistados permanentemente en el ejército. Este gigantesco esfuerzo militar sólo era posible porque la economía civil en la que se apoyaba podía funcionar hasta ese punto gracias al trabajo de los esclavos, que liberaba las correspondientes reservas de mano de obra para los ejércitos de la República [8]. A su vez, las guerras victoriosas proporcionaban más cautivos-esclavos para enviar a las ciudades y las fincas de Italia.

El resultado final de todo ello fue la aparición de unas propiedades agrarias, de una inmensidad hasta entonces desconocida, cultivadas por esclavos. En el siglo I a. C., los nobles más poderosos, como Lucio Domicio Ahenobarbo, podían poseer más de 80.000 hectáreas. Estos latifundios representaban un nuevo fenómeno social que transformó el campo italiano. Como es natural, los latifundios no formaban necesaria e invariablemente bloques compactos de tierra, cultivados como unidades singulares [9]. El caso característico era que los latifundistas poseyeran un gran número de fincas o *villae* de mediana extensión, a veces contiguos, pero quizá en otras tantas ocasiones distribuidos por todo el país y planificados de tal modo que varios administradores y agentes ejercieran una vigilancia óptima. Pero incluso estas propiedades dispersas eran mucho más extensas que sus predecesoras griegas y con frecuencia superaban las 120 hectáreas (500 *iugera*) de extensión, mientras que las fincas concentradas, como la sede de Plinio el Joven en Toscana, podían alcanzar o superar las 1.200 hectáreas [10]. El auge de los latifundios italianos condujo a una gran extensión de los ranchos ganaderos y a la combinación del cultivo de vino y aceituna con el de los cereales. El influjo del trabajo esclavo era tan grande que a finales de la República no sólo la agricultura italiana dependía de él, sino que había invadido también la mayor parte del comercio y la industria hasta el punto de que quizá el 90 por ciento de los artesanos de Roma eran de origen esclavo [11]. La naturaleza de la gigantesca sacudida social que entrañó la expansión imperial de Roma y la básica fuerza motriz que la sostuvo pueden apreciarse a partir de la profunda transformación demográfica que acarreó. Brunt calcula que en el año 225 a. C. había en Italia unos 4.400.000 personas libres frente a 600.000 esclavos; en el año 43 a. C. había quizá alrededor de 4.500.000 habitantes libres frente a 3.000.000 de esclavos, e incluso es posible que se experimentara un des-

[7] Donde estaban concentrados los dos enemigos más irreconciliables de Roma durante las guerras contra Aníbal y la guerra social: los samnitas y los lucanos.

[8] P. A. Brunt, *Italian manpower, 225 b. C.-a. D. 14*, Oxford, 1971, p. 426.

[9] Esto también sucedía en todo el Imperio, incluso después de que se hicieran más frecuentes los bloques concentrados de tierras, agrupados en *massae*. La incapacidad para comprender este aspecto fundamental del latifundismo romano ha sido relativamente común. Un ejemplo reciente es el principal estudio ruso sobre el Imperio tardío: E. M. Shtaerman, *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia v Zpadnij Provintsiaj Rimskoi Imperii*, Moscú, 1957. Todo el análisis de Shtaerman sobre la historia social del siglo III se basa en una contraposición irreal entre la *villa* de mediana extensión y el gran *latifundium;* a la primera la denomina «la forma de propiedad antigua» y la identifica con las oligarquías municipales de la época, y al segundo lo convierte en un fenómeno «protofeudal», característico de una aristocracia extramunicipal. Véase *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia*, pp. 34-45, 116-7. En realidad, los *latifundia* siempre estuvieron compuestos principalmente de *villae*, y las limitaciones «municipales» sobre la propiedad de la tierra nunca tuvieron gran importancia; por el contrario, los *saltus* o fincas extraterritoriales, situadas fuera de los límites municipales, representaron siempre, probablemente, una proporción insignificante de todo el territorio imperial. (Para esto último, en lo que Shtaerman pone un énfasis exagerado, véase Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 712-3.)

[10] Véase K. D. White, «Latifundia», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 1967, núm. 14, pp. 76-7. White insiste en que los latifundios podían ser o bien fincas mixtas en gran escala, como la de Plinio en Toscana, o ranchos para la ganadería. Estas últimas fueron más frecuentes en el sur de Italia, mientras las primeras lo fueron en las tierras más fértiles del centro y el norte

[11] Brunt, *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 34-5.

censo neto en la población libre mientras se quintuplicaba la población esclava [12]. En el mundo antiguo nunca se había visto nada semejante. El potencial pleno del modo de producción esclavista se desplegó por vez primera en Roma, que lo organizó y lo llevó a la conclusión lógica que Grecia nunca había experimentado. El militarismo depredador de la República romana fue su principal palanca de acumulación económica. La guerra aportó tierras, tributos y esclavos; los esclavos, los tributos y las tierras proporcionaron el material para la guerra.

Pero la trascendencia histórica de las conquistas romanas en la cuenca mediterránea no puede reducirse en modo alguno a las fortunas espectaculares de la oligarquía senatorial. El avance de las legiones realizó en el conjunto de la historia de la Antigüedad un cambio mucho más profundo que ése. El poderío de Roma integró al Mediterráneo occidental y a su *hinterland* del norte en el mundo clásico. Esta fue la decisiva realización de la República que, a diferencia de sus cautelas diplomáticas en Oriente, dirigió desde el principio su fuerza anexionista fundamentalmente hacia Occidente. La expansión colonial griega en el Mediterráneo oriental, como hemos visto, adoptó la forma de una proliferación de fundaciones urbanas, creadas en primer lugar desde arriba por los mismos soberanos de Macedonia e imitados enseguida desde abajo por los terratenientes locales de la zona, y todo esto acaecía en una zona con una previa historia, extraordinariamente larga, de civilización desarrollada, que se remontaba mucho más allá que la de la misma Grecia. La expansión colonial romana en el Mediterráneo occidental tuvo un contexto y un carácter básicamente distinto. Hispania y la Galia —y más tarde el Nórico, la Recia y Britania— eran tierras remotas y primitivas, pobladas por comunidades tribales celtas y muchas de ellas sin ningún contacto histórico con el mundo clásico. Su integración en él planteaba problemas de un orden completamente distinto al de la helenización del Oriente Próximo, porque estas tierras no sólo estaban atrasadas social y culturalmente, sino que representaban, además, zonas interiores de un tipo que la Antigüedad clásica nunca había sido capaz hasta entonces de organizar eco-

[12] Brunt, *Italian manpower*, pp. 121-5, 131. Para la enorme magnitud del tesoro que la clase dirigente romana saqueó en el extranjero, aparte de la acumulación de esclavos, véase A. H. M. Jones, «Rome», *Troisième Conference Internationale d'Histoire Economique* (Munich, 1965) 3, París, 1970, pp. 81-2. Esta ponencia versa sobre el carácter económico del imperialismo romano.

nómicamente. La matriz primigenia de la ciudad-Estado fue la estrecha franja del litoral y el mar, y la Grecia clásica nunca la abandonó. La época helenística había conocido la urbanización intensiva de las culturas ribereñas del Oriente Próximo, basadas desde hacía mucho tiempo en los regadíos fluviales y reorientadas ahora parcialmente hacia el mar (modificación simbolizada por el cambio de Menfis a Alejandría). Pero el desierto comenzaba inmediatamente detrás de toda la línea costera del sur y el este del Mediterráneo, de tal forma que la profundidad de la colonización nunca fue muy grande en Africa del Norte ni en el Oriente. El Mediterráneo occidental no ofrecía, sin embargo, ni un litoral ni un sistema de regadíos a las nuevas fronteras de Roma. Aquí, por vez primera, la Antigüedad clásica se enfrentaba a grandes extensiones del interior, desprovistas de una previa civilización urbana. La ciudad-Estado romana, que había desarrollado el latifundio rural esclavista, fue la que se mostró capaz de dominar esas tierras. Las rutas fluviales de Hispania y la Galia fueron testigos de esta penetración. Pero el ímpetu irresistible que llevó a las legiones hasta el Tajo, el Loira, el Támesis y el Rin fue el del modo de producción esclavista plenamente implantado en el campo, sin ningún límite ni impedimento. En esta época fue cuando se registró probablemente el mayor avance de la Antigüedad clásica en el ámbito de la tecnología agraria: el descubrimiento del molino giratorio para moler el grano cuyos primeros testimonios, en sus dos formas principales, se encuentran en Italia y España a mediados del siglos II a. C. [13], coetáneos de la expansión romana en el Mediterráneo occidental y símbolos de su dinamismo rural. El éxito en la organización de la producción agrícola a gran escala por mano de obra esclava fue la condición previa de la conquista y la colonización permanentes de los grandes *hinterlands* del oeste y el norte. Hispania y la Galia fueron, junto a Italia, las provincias romanas más profundamente marcadas por la esclavitud hasta el definitivo final del Imperio [14]. El comercio griego había penetrado en Oriente; la

[13] L. A. Moritz, *Grain-mills and flour in classical Antiquity*, Oxford, 1958, pp. 74, 105, 115-6.

[14] Jones, «Slavery in the Ancient world», pp. 196, 198. Posteriormente, Jones tendió a suprimir la Galia y a limitar las zonas de alta densidad de esclavitud a Hispania e Italia: *The later Roman Empire*, II, pp. 793-4. Pero en realidad existen buenas razones para mantener su afirmación original. A partir del primer período imperial, la Galia del sur estuvo caracterizada por su cercanía a Italia en la estructura económica y social: Plinio la consideraba casi como una extensión de la península, *Ita-*

agricultura latina «abrió» Occidente. Naturalmente, los romanos también fundaron ciudades en el Mediterráneo occidental y, significativamente, las construyeron a orillas de los ríos navegables. La misma creación de una economía rural esclavista dependía de la implantación de una próspera red de ciudades que representaran los puntos terminales de sus excedentes y su principio estructural de articulación y control. En esta época se construyeron Córdoba, Lyon, Amiens, Tréveris y cientos de ciudades más. Su número nunca igualó al de la sociedad del Mediterráneo oriental, mucho más vieja y más densamente poblada, pero fue muy superior al de las ciudades fundadas por Roma en Oriente.

Efectivamente, la expansión romana en la zona helenística siguió un curso muy diferente al de su modelo en las tierras celtas de Occidente. Durante mucho tiempo fue más dubitativa e incierta y se dirigió a bloquear las intervenciones que pudieran causar importantes desequilibrios en el sistema de Estados vigente (Filipo V, Antíoco III) y a crear reinos clientes más que provincias conquistadas [15]. Así, fue muy significativo que incluso después de la derrota del último gran ejército seléucida en Magnesia, en el año 198, durante los cincuenta años siguientes no se anexionara ningún territorio oriental y que Pérgamo no pasara pacíficamente a la administración romana hasta el año 129 a. C., gracias al testamento de su leal monarca más que a una decisión senatorial y se convirtiera así en la primera provincia asiática del Imperio. A partir de entonces, cuando Roma se percató de las enormes riquezas que estaban disponibles en Oriente y los jefes militares consiguieron mayores poderes imperiales en el extranjero —en el siglo I a C.—, la agresión se hizo más rápida y sistemática. Pero los regímenes republicanos administraron generalmente las rentables provincias asiáticas, que sus generales arrebataban ahora a sus so-

lia verius quam provincia, «más Italia que provincia». La tesis de los latifundios esclavistas en la Narbonense parece, por tanto, que no presenta problemas. La Galia del norte, por el contrario, tenía un carácter mucho más primitivo y estaba menos urbanizada. Pero fue aquí precisamente —en la región del Loira— donde estallarían durante el Imperio tardío las grandes rebeliones de los bagaudes, descritas expresamente por sus contemporáneos como levantamientos de esclavos rurales (véase página 102, n. 84). Parece lógico, por tanto, alinear toda la Galia, con España e Italia, como una importante región de agricultura esclavista.

[15] E. Badian, *Roman imperialism in the late Republic*, Oxford, 1968, páginas 2-12, compara con gran penetración la política romana en Oriente y Occidente.

beranos helenísticos, con un mínimo de cambio social o interferencia política, declarando haberlas «liberado» de sus déspotas y contentándose con los exuberantes ingresos fiscales de la región. En el Mediterráneo oriental no se introdujo la esclavitud agraria a gran escala y los numerosos prisioneros de guerra hechos esclavos eran embarcados hacia Occidente para ser empleados en la misma Italia. Los administradores y aventureros romanos se apropiaron de las fincas de la monarquía, pero dejaron intactos sus sistemas de trabajo. La principal innovación del dominio romano en Oriente tuvo lugar en las ciudades griegas de la zona, en las que se impusieron determinados requisitos de propiedad para acceder a los cargos municipales, con objeto de vincularlas más estrechamente a las normas oligárquicas de la Ciudad Eterna. En la práctica, este hecho sólo dio una codificación jurídica al poder *de facto* de los notables locales que ya dominaban esas ciudades [16]. César y Augusto crearon en Oriente unas pocas colonias urbanas, específicamente romanas, para asentar a proletarios y veteranos latinos en Asia. Pero estas colonias dejaron muy poco rastro. Significativamente, cuando se contruyó una nueva serie de ciudades durante el principado (sobre todo en la época de los Antoninos) fueron esencialmente fundaciones griegas, coherentes con el previo carácter cultural de la región. Nunca hubo ningún intento de romanizar las provincias orientales; quien sufrió toda la carga de la latinización fue Occidente. La frontera lingüística —que iba desde Iliria a la Cirenaica— delimitaba las dos zonas básicas del nuevo orden imperial.

La conquista romana del Mediterráneo en los dos últimos siglos de la República, y la tremenda expansión de la economía senatorial que promovió, fue acompañada en el interior de un desarrollo superestructural sin precedentes en el mundo antiguo. Fue en este período, efectivamente, cuando el derecho civil romano apareció en toda su unidad y singularidad. Desarrollado gradualmente desde el año 300 a. C., el sistema legal romano se preocupó esencialmente de regular las relaciones informales de contrato e intercambio entre ciudadanos privados. Su orientación fundamental se basaba en las transacciones económicas —compra, venta, alquiler, arrendamiento, herencia, fianza— y en sus concomitantes de tipo familiar, matrimoniales o testamentarios. Las relaciones públicas del ciudano con el Estado y la relación patriarcal del cabeza de fami-

[16] Jones, *The Greek cities from Alexander to Justinian*, pp. 51-8, 160.

lia con sus subordinados tenían una importancia secundaria respecto al desarrollo central de la teoría y la práctica legal; las primeras se consideraban demasiado mudables para ser objeto de una jurisprudencia sistemática, mientras que la segunda abarcaba la mayor parte del ámbito inferior del crimen [17]. La verdadera importancia de la jurisprudencia republicana no radicaba en ninguna de ellas. Lo que constituyó el terreno peculiar de su notable avance no fue el derecho público o criminal, sino el derecho civil que regía los pleitos sobre la propiedad entre las partes en litigio. El desarrollo de una teoría legal de carácter general era completamente nuevo en la Antigüedad. Ese desarrollo no fue una creación de funcionarios estatales o de abogados en ejercicio, sino de juristas especializados y aristocráticos que permanecían al margen del proceso de litigación y aportaban opiniones sobre cuestiones de principio legal más que de asuntos de hecho a la judicatura que veía los casos reales. Los juristas de la República, que carecían de estatus oficial, desarrollaron una serie de «figuras contractuales» abstractas, aplicables al análisis de actos particulares de las relaciones comerciales y sociales. Su inclinación intelectual era más analítica que sistemática, pero el resultado acumulativo de su trabajo fue la aparición, por vez primera en la historia, de un cuerpo organizado de jurisprudencia civil como tal. El desarrollo económico del intercambio mercantil que acompañó en Italia a la construcción del sistema imperial romano, basado en la utilización generalizada de la esclavitud, encontró así su reflejo jurídico a finales de la República en la creación de un derecho comercial sin precedentes. La decisiva y gran hazaña del nuevo derecho romano fue, pues, como era lógico, su descubrimiento del concepto de «propiedad absoluta »o *dominium ex iure Quiritium* [18]. Ningún sistema legal anterior había conocido nunca la noción de una propiedad privada sin restricciones. En Grecia, en Persia o en Egipto, la propiedad siempre fue «relativa» o, dicho de otra forma, siempre estuvo condicionada por los derechos superiores o colate-

[17] Para un estudio claro sobre la aparición y la naturaleza de la jurisprudencia de este período, véase F. H Lawson, «Roman Law», en J. P. Balsdon (comp.), *The Romans*, Londres, 1965, pp. 102-10 *ss*.

[18] El mejor estudio moderno sobre el derecho romano da la debida importancia a este hallazgo: H. F. Jolowicz, *Historical introduction to the study of Roman Law*, Cambridge, 1952, pp. 142-3, 426. La plena propiedad privada era «quiritaria» porque era un atributo de la ciudadanía romana en cuanto tal: se trataba de una propiedad absoluta, pero no universal.

rales de otras autoridades o partes, o bien por las obligaciones respecto a ellas. La jurisprudencia romana fue la primera que emancipó a la propiedad privada de toda limitación extrínseca, desarrollando la nueva distinción entre la mera «posesión» o control fáctico de los bienes y la «propiedad» o título legal absoluto sobre ellos. El derecho romano de propiedad —en el que un sector muy sustancial estaba destinado lógicamente a la propiedad de esclavos— representó la prístina destilación conceptual de la producción comercializada y del intercambio de mercancías en el marco de un amplio sistema de Estados que había hecho posible el imperialismo republicano. Del mismo modo que la civilización griega fue la primera en desprender el polo absoluto de la «libertad» del continuo político de condiciones y derechos relativos que siempre había predominado antes de ella, así también la civilización romana fue la primera en separar el color puro de la «propiedad» del espectro económico de la posesión opaca e indeterminada que la había precedido. La propiedad quiritaria, la consumación legal de la extensiva economía esclavista de Roma, significó un punto de llegada trascendental, destinado a perdurar más allá del mundo y la era que lo habían engendrado.

La República había conquistado para Roma un imperio, pero sus propias victorias la hicieron anacrónica. La oligarquía de una sola ciudad no podía mantener unido al Mediterráneo en un solo sistema político: la misma magnitud de su éxito la había dejado pequeña. El último siglo de conquistas republicanas, que llevaron a las legiones hasta el Eufrates y el canal de la Mancha, fue acompañado de vertiginosas tensiones sociales dentro de la propia sociedad romana, resultado directo de los mismos triunfos obtenidos con regularidad en el extranjero. La agitación campesina en demanda de tierras había sido ahogada con la supresión de los Graco, pero reaparecía ahora, dentro del propio ejército, adoptando formas nuevas y amenazadoras. La continua llamada a filas había debilitado y reducido ininterrumpidamente al conjunto de la clase de pequeños propietarios, pero sus aspiraciones económicas se mantuvieron y encontraron ahora su expresión en las crecientes presiones realizadas a partir de la época de Mario en demanda de concesiones de tierra para los veteranos licenciados, amargados supervivientes de los deberes militares que recaían con tanta fuerza sobre el campesinado romano. La aristocracia senatorial se había beneficiado enormemente del saqueo financiero del Mediterráneo que siguió a las progresivas anexiones realizadas por

Roma, haciendo fortunas inmensas en tributos, extorsiones, tierras y esclavos, pero no tuvo ninguna preocupación por proporcionar ni siquiera una módica compensación a la tropa, cuyas batallas le habían procurado esas inauditas riquezas. Los legionarios recibían una humilde paga y eran licenciados sin contemplaciones y sin ninguna recompensa por los largos períodos de servicio en los que no sólo arriesgaban sus vidas, sino que perdían también con frecuencia sus propiedades. Haberles pagado una prima al licenciarlos habría significado establecer un impuesto —por muy ligero que fuese— sobre las clases poseedoras, cosa que la aristocracia dirigente se negó a considerar. El resultado fue la creación de una tendencia inherente a los ejércitos del último período de la República a retirar su lealtad militar del Estado y dirigirla hacia los generales victoriosos que podían garantizar a sus soldados, por su poder personal, botines o donativos. El vínculo entre el legionario y el jefe militar se hizo cada vez más parecido al que existía entre patrón y cliente en la vida civil. A partir de la época de Mario y Sila, los soldados miraban a sus generales en busca de recompensas económicas y los generales utilizaban a sus soldados para su escalada política. Los ejércitos se convirtieron en instrumentos de los comandantes populares y las guerras empezaron a transformarse en aventuras privadas de los cónsules ambiciosos. Pompeyo, Craso y César determinaron sus propios planes estratégicos de conquista y agresión en Bitinia, Partia y Galia [19]. Las rivalidades faccionales que tradicionalmente habían dividido la política municipal se transfirieron, por consiguiente, al teatro militar, mucho más vasto que los estrechos límites de Roma. La consecuencia inevitable habría de ser la aparición de las grandes guerras civiles.

Al mismo tiempo, si la miseria campesina fue el subsuelo del desorden y de la turbulencia militar a finales de la República, la difícil situación de las masas urbanas agudizó enormemente la crisis del poder senatorial. Con la extensión del Imperio, la capital de Roma aumentó su tamaño de forma incontrolable. El creciente éxodo rural se combinó con las masivas importaciones de esclavos y produjeron entre ambos una vasta metrópoli. En tiempos de César, Roma tenía probablemente una población de unos 750.000 habitantes, con lo que superaba incluso a las mayores ciudades del mundo helenístico. El hambre, la enfermedad y la pobreza se cebaban en los atestados suburbios de la capital, en los que pululaban los artesanos, trabajadores y pequeños tenderos, ya fuesen esclavos, manumitidos o libres [20]. Las multitudes urbanas habían sido movilizadas astutamente por los maniobreros de la nobleza contra los reformadores agrarios en el siglo II, operación que se repitió una vez más con el abandono de Catilina por la plebe romana, que sucumbió en la forma clásica a la propaganda oligárquica contra un enemigo «incendiario» del Estado, a quien sólo permanecieron fieles hasta el final los pequeños propietarios de Etruria. Pero éste fue el último de semejantes episodios. A partir de entonces, el proletariado romano parece haberse liberado definitivamente de la tutela senatorial. En los últimos años de la República, su disposición de ánimo se hizo cada vez más amenazadora y hostil hacia el orden político tradicional. Debido a la ausencia virtual de una fuerza de policía sólida y eficaz en una ciudad rebosante de tres cuartos de millón de habitantes, la inmediata presión masiva que las insurrecciones urbanas podían provocar en las crisis de la República era considerable. Orquestado por el tribuno Clodio, que armó a algunos sectores de los pobres de Roma en los años 50, el proletariado urbano obtuvo por vez primera un reparto libre de trigo en el año 53 a. C., que a partir de entonces se convirtió en un hecho permanente de la vida política romana: el número de sus beneficiarios se había elevado a 320.000 en el año 46 a. C. Por otra parte, el clamor popular fue lo que dio a Pompeyo el mando extraordinario del ejército que puso en marcha la desintegración militar definitiva del orden senatorial; el entusiasmo popular, lo que hizo a César tan peligroso para la aristocracia una década más tarde, y el recibimiento popular lo que le garantizó su recepción triunfal en Roma después de pasar el Rubicón. Tras la muerte de César, fue una vez más el tumulto popular en las calles de Roma ante la ausencia de su heredero lo que obligó al Senado a pedir a Augusto que aceptara la renovación de los poderes consulares y dictatoriales en los años 22-19 a. C., época del definitivo entierro de la República.

Finalmente, aunque quizá sea lo más importante de todo, el inmovilismo autoprotector y el azaroso desgobierno de la nobleza romana en la dirección de las provincias la hizo cada vez más incompetente para dirigir un imperio cosmopolita. Sus

[19] Badian subraya la novedad de esta evolución en *Roman imperialism in the late Republic*, pp. 77-90.

[20] P. A. Brunt, «The Roman mob», *Past and Present*, 1966, pp. 9-16.

privilegios exclusivos eran incompatibles con la progresiva unificación de sus conquistas ultramarinas. Las provincias como tales eran todavía impotentes para oponer una sólida resistencia a su egoísmo rapaz. Pero la propia Italia —la primera provincia que consiguió la paridad formal de derechos civiles en la generación anterior, después de una rebelión violenta— no lo era. Los terratenientes italianos habían conquistado la integración jurídica en la comunidad romana, pero todavía no habían penetrado en el núcleo central del poder y de los cargos senatoriales. Su oportunidad para intervenir decisivamente en la política llegó con el estallido de la ronda final de guerras civiles entre los triunviros. Los terratenientes de las provincias italianas acudieron en tropel en apoyo de Augusto, defensor declarado de sus tradiciones y prerrogativas contra el ominoso y extravagante orientalismo de Marco Antonio y su partido [21]. Su adhesión a la causa de Augusto, con el famoso juramento de fidelidad prestado por «*tota Italia*» en el año 32, le aseguró la victoria de Accio. Es significativo que cada una de las tres guerras civiles que determinaron el destino de la República siguieran la misma pauta geográfica: todas fueron ganadas por el bando que controlaba Occidente y perdidas por el partido asentado en Oriente, a pesar de su superior riqueza y recursos. Las batallas de Farsalia, Filipos y Accio se libraron en Grecia, avanzada del hemisferio derrotado. Una vez más se puso de manifiesto que el centro dinámico del sistema imperial romano estaba en el Mediterráneo occidental. Pero mientras la primigenia base territorial de César estuvo en las provincias bárbaras de la Galia, Octaviano forjó su bloque político en la misma Italia y, en consecuencia, su victoria fue menos pretoriana y más duradera.

El nuevo Augusto recogió el poder supremo uniendo tras de sí a las múltiples fuerzas del descontento y la desintegración existentes en la República de la última época. Augusto fue capaz de reunir a una plebe urbana desesperada y a unas hastiadas tropas campesinas contra una pequeña y odiada élite gobernante, cuyo opulento conservadurismo la exponía a una contumelia popular cada vez mayor; pero, sobre todo, Augusto se apoyó en los terratenientes de la provincia italiana que buscaban ahora su participación en los cargos y los ho-

[21] El papel de la clase terrateniente italiana en la subida de Augusto al poder es uno de los temas centrales del más famoso estudio sobre este período: R. Syme, *The Roman revolution*, Oxford, 1960, pp. 8, 286-90, 359-65, 384, 453.

nores del sistema que habían ayudado a construir. De Accio surgió una monarquía estable y universal, porque sólo ella podía superar el estrecho municipalismo de la oligarquía senatorial de Roma. La monarquía macedónica se había superpuesto repentinamente a un vasto y extraño continente y fue incapaz de producir una clase dirigente unificada que pudiera gobernarlo *post facto*, a pesar de que posiblemente Alejandro se percatara de que ése era el problema estructural básico con el que se enfrentaba. La monarquía romana de Augusto, por el contrario, llegó puntualmente cuando sonó su hora, ni demasiado pronto ni demasiado tarde: el difícil paso de la ciudad-Estado al imperio universal —familiar transición cíclica de la Antigüedad clásica— se realizó con un éxito notable bajo el principado.

Las tensiones más peligrosas del último período republicano fueron reducidas gracias a una serie de medidas políticas astutas, destinadas a estabilizar de nuevo el orden social romano. Ante todo, Augusto concedió parcelas de tierra a los miles de soldados desmovilizados después de las guerras civiles, pagando a muchos de ellos con su fortuna personal. Estas concesiones —como las que Sila había hecho antes— probablemente se hicieron en su mayoría a costa de otros pequeños propietarios, que fueron desalojados para dejar sitio a los veteranos que volvían a sus casas, y, por tanto, no sirvieron para mejorar mucho la situación social del conjunto del campesinado ni para transformar el modelo general de la propiedad agrícola en Italia [22]; pero sí sirvieron para calmar las demandas de la

[22] El problema de las tierras concedidas a los veteranos de guerra por César, el triunvirato y Augusto ha dado lugar a varias interpretaciones diferentes. Jones cree que esas concesiones redistribuyeron de hecho la propiedad agraria entre los soldados-campesinos en una medida suficiente para apaciguar el descontento rural en Italia a partir de entonces, y de ahí la relativa paz social del principado después de las tormentas de la última fase de la República: A. H. M. Jones, *Augustus*, Londres, 1970, pp. 141-2. Brunt sostiene, por el contrario, de forma persuasiva, que las concesiones de tierras fueron a menudo meras confiscaciones de pequeñas parcelas de soldados o partidarios de los ejércitos derrotados en las guerras civiles, transferidas a las tropas de los ejércitos victoriosos, sin dividir por ello las grandes fincas —acaparadas por los oficiales terratenientes— ni cambiar sustancialmente el modelo global de la propiedad en el campo. «Probablemente, la revolución romana no produjo ningún cambio permanente en la sociedad agraria de Italia.» Véase «The army and the land in the Roman revolution», p. 84; *Social conflicts in the Roman Republic*, pp. 149-50.

importante minoría del campesinado en armas, que constituía el sector clave de la población rural. César ya había duplicado la paga de quienes estaban en servicio activo, y ese aumento se mantuvo bajo el principado. Más importante todavía fue que, a partir del año 6 d. C., los veteranos recibieron una prima en metálico al licenciarse, que equivalía al salario de trece años y se pagaba con cargo a una tesorería militar creada especialmente para ello y financiada por pequeños impuestos sobre las ventas y la herencia con que se gravó a las clases poseedoras de Italia. La oligarquía senatorial se opuso encarnizadamente, para su propia perdición, a la implantación de estas medidas, pues con la inauguración del nuevo sistema la disciplina y la lealtad volvieron al ejército, que fue reducido de 50 a 28 legiones y convertido en una fuerza permanente y profesional[23]. Todo esto hizo posible el cambio más importante de todos: en la época de Tiberio se redujo la llamada a filas y se liberó así a los pequeños propietarios de Italia de la carga secular que había provocado unos sufrimientos tan extendidos durante la República, lo que probablemente constituyó un beneficio más tangible que todos los planes de reparto de tierras.

En la capital, el proletariado urbano fue aplacado con distribuciones de trigo que superaron los niveles alcanzados en tiempos de César y que podían garantizarse mejor con la incorporación al Imperio del granero de Egipto. Además, se puso en práctica un ambicioso programa de construcciones, que ofreció a los plebeyos considerables oportunidades de empleo, y se mejoraron notablemente los servicios municipales de la ciudad con la creación de un eficaz cuerpo de bomberos y abastecimiento de agua. Al mismo tiempo, las cohortes pretorianas y la policía urbana se estacionaron permanentemente en Roma para sofocar los tumultos. En las provincias, mientras tanto, se abandonaron las aleatorias e incontroladas extorsiones realizadas por los arrendadores de impuestos durante la República —uno de los peores abusos del viejo régimen— y se estableció un sistema fiscal uniforme, que se componía de un impuesto sobre la tierra y una capitación y estaba basado en censos muy exactos. A consecuencia de ello aumentaron los ingresos del Estado central mientras que las regiones periféricas dejaron de sufrir el pillaje de los publicanos. Los gobernadores provinciales recibieron a partir de entonces salarios regulares. El sistema judicial fue reestructurado con objeto de

[23] Jones, *Augustus*, pp. 110-11 *ss.*

ampliar notablemente —tanto para los italianos como para los habitantes de las provincias— las posibilidades de recurrir contra las decisiones arbitrarias. También se creó un servicio postal imperial que enlazó por vez primera a través de un sistema regular de comunicaciones a todas las dispersas provincias del Imperio[24]. En las zonas más remotas se establecieron colonias y municipios romanos y comunidades latinas, con una fuerte concentración en las provincias occidentales. Tras una generación de destructoras luchas civiles se restableció la paz interior y con ella la prosperidad de las provincias. Por lo que respecta a las fronteras, la victoriosa conquista e integración de los importantes corredores situados entre el este y el oeste —la Recia, el Nórico, Panonia e Iliria— lograron la definitiva integración geoestratégica del Imperio. Iliria, en particular, fue a partir de entonces el nudo militar más importante del sistema imperial en el Mediterráneo[25].

Dentro de las nuevas fronteras, la llegada del principado significó la promoción de las familias municipales italianas a las filas del orden senatorial y a la alta administración, donde constituyeron ahora uno de los bastiones del poder de Augusto. El Senado dejó de ser la autoridad central del Estado romano, no porque fuera privado de poder o de prestigio, sino porque a partir de entonces se convirtió en instrumento obediente y subordinado de los sucesivos emperadores, volviendo a la vida política únicamente durante los interregnos o las disputas dinásticas. Pero mientras la institución del Senado se convertía en un imponente cascarón de su anterior identidad, el orden senatorial —purgado y renovado por las reformas del principado— continuó siendo la clase dirigente del Imperio y dominando la maquinaria imperial del Estado incluso después de que se hicieran normales los nombramientos de *equites* para un número mayor de cargos dentro de ella. Su capacidad para asimilar a sus filas cultural e ideológicamente a los recién llegados fue notable: ningún representante de la vieja nobleza

[24] Jones, *Augustus*, pp. 95-6, 117-20, 129-30, 140-1.

[25] Syme, *The Roman revolution*, p. 390. La tentativa de Augusto de conquistar Germania en una época en la que estaban llegando al país las grandes migraciones teutónicas procedentes del Báltico, fue el único fracaso exterior importante del reinado; contrariamente a las expectativas oficiales de la época, la frontera del Rin fue definitiva. Para una reciente reevaluación de los objetivos estratégicos romanos de este tiempo, véase C. M. Wells, *The German policy of August*, Oxford, 1972, pp. 1-13, 149-61, 246-50.

patricia de la República dio nunca una expresión tan poderosa a su visión del mundo como Tácito, que fue un modesto provinciano de la Galia del Sur en la época de Trajano. La oposición senatorial sobrevivió durante siglos después de la creación del Imperio, en inactiva reserva o rechazo de la autocracia implantada por el principado. Atenas, que había conocido la democracia más libre del mundo antiguo, no produjo ningún teórico ni defensor importante de ella. Paradójica aunque lógicamente, Roma, que sólo había conocido una estrecha y opresora oligarquía, dio origen a los cantos por la libertad más elocuentes de la Antigüedad. Nunca existió ningún equivalente griego del culto latino a la *Libertas*, intenso o irónico en las páginas de Cicerón o Tácito[26]. La razón es evidente si se considera la diversa estructura de las dos sociedades propietarias de esclavos. En Roma no existió ningún conflicto social entre la literatura y la política: el poder y la cultura estaban concentrados, bajo la República y el Imperio, en una aristocracia muy sólida. Cuanto más reducido fue el círculo que gozaba de la característica libertad municipal de la Antigüedad, más pura fue la defensa de la libertad que legó a la posteridad, todavía memorable e impresionante después de mil quinientos años.

Naturalmente, el ideal senatorial de *libertas* fue reprimido y negado por la autocracia imperial del principado, y la resignada aquiescencia de las clases poseedoras de Italia ante la nueva administración no fue más que el extraño rostro que adoptó su propio dominio en la época venidera. Pero ese ideal nunca fue anulado por completo, ya que la estructura política de la monarquía romana que ahora abarcaba a todo el mundo mediterráneo nunca fue la de las monarquías helenísticas del Oriente griego que le precedieron. El Estado imperial romano se basaba en un sistema de leyes civiles, y no en el mero capricho real, y su administración pública nunca interfirió gravemente en el marco legal básico establecido por la República.

[26] Para las cambiantes connotaciones de este concepto véase Ch. Wirszubski, *Libertas as a political idea at Rome during the late Republic and early Empire*, Cambridge, 1950, que traza la evolución de la *libertas* desde Cicerón, cuando todavía era un ideal vivo, público, hasta su muerte final en la ética subjetiva y quietista de Tácito. Wirszubski señala las divergentes connotaciones de *libertas* y *eleutheria*, pp. 13-14. Esta última estaba inficionada por la idea de gobierno popular y nunca fue compatible con la dignidad aristocrática, que era inseparable de la primera; en consecuencia, nunca recibió un honor similar en el pensamiento político griego.

ca. En realidad, el principado elevó por vez primera a los juristas romanos a posiciones oficiales dentro del Estado, cuando Augusto eligió en calidad de consejeros a algunos prominentes jurisconsultos y confirió autoridad imperial a sus interpretaciones de la ley. Por otra parte, los mismos emperadores tuvieron que legislar a partir de entonces por medio de edictos, adjudicaciones y rescriptos para responder a las cuestiones o a las peticiones de sus súbditos. El desarrollo de un derecho público autocrático a través de los decretos imperiales hizo a la legalidad romana mucho más compleja y complicada de lo que había sido durante la República. La distancia política recorrida desde el *legum servi sumus ut liberi esse possimus* («somos siervos de la ley para poder ser libres») de Cicerón hasta el *quod principi placuit legis habet vicem* («la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley») de Ulpiano habla por sí sola[27]. Pero los principios fundamentales del derecho civil —sobre todo los que regían las transacciones económicas— quedaron sustancialmente intactos tras esta evolución autoritaria del derecho público, que en modo alguno invadió el ámbito interciudadano. Los preceptos establecidos durante la República continuaron protegiendo jurídicamente la propiedad de las clases poseedoras. En un plano inferior, el derecho criminal, esencialmente destinado a las clases bajas, siguió siendo tan arbitrario y represor como siempre lo había sido, esto es, siguió siendo una salvaguardia social para todo el orden dominante. El principado conservó, pues, el clásico sistema legal de Roma, aunque le superpuso los nuevos poderes innovadores del emperador en el ámbito del derecho público. Ulpiano formularía más tarde, con su característica claridad, la distinción que articulaba bajo el Imperio a todo el *corpus* jurídico: el derecho privado, *quod ad singulorum utilitatem pertinet*, estaba separado específicamente del derecho público, *quod ad statum rei romanae spectat*. El primero no sufrió ningún eclipse por la extensión del segundo[28]. Antes bien, fue el Imperio el que pro-

[27] Es importante no adelantar las fases sucesivas de esta evolución. La máxima constitucional de que el emperador estaba *legibus solutus* no significaba que estuviera por encima de todas las leyes durante el principado, sino que podía pasar por alto aquellas restricciones cuya dispensa era legalmente posible. La frase sólo adquirió un significado más amplio bajo el dominado. Véase Jolowicz, *Historical introduction to the study of Roman Law*, p. 337.

[28] Por supuesto, algunos emperadores individuales, como Nerón, confiscaron arbitrariamente fortunas senatoriales. Esas exacciones constituían la marca de los soberanos más detestados por la aristocracia, pero

dujo en el siglo III las grandes sistematizaciones de la jurisprudencia civil en la obra de Papiniano, Ulpiano y Paulo, prefectos de los Severos, que transmitieron a las épocas posteriores el derecho romano como un cuerpo codificado. La solidez y la estabilidad del Estado imperial romano, tan diferente de todo lo que había producido el mundo helenístico, tenía sus raíces en este legado.

La historia posterior del principado fue, en buena medida, la de una creciente «provincianización» del poder central dentro del Imperio. Una vez roto el monopolio de los cargos políticos centrales, poseído hasta entonces por la aristocracia romana, un proceso gradual de difusión integró en el sistema imperial a un sector cada vez más amplio de las clases terratenientes occidentales residentes fuera de Italia [29]. El origen de las sucesivas dinastías del principado es un testimonio directo de esta evolución. La casa patricia romana Julio-Claudia (de Augusto a Nerón) fue seguida por la dinastía municipal italiana de los Flavios (de Vespasiano a Domiciano), a la que sucedió una serie de emperadores con antecedentes provincianos, de Hispania o la Galia meridional (de Trajano a Marco Aurelio). Hispania y la Galia narbonense eran las más antiguas conquistas romanas en Occidente y, por tanto, sus estructuras sociales eran las más cercanas a las de Italia. La composición del Senado reflejaba también las mismas pautas, con una creciente admisión de dignatarios rurales procedentes de la Italia transpadana, la Galia meridional y la Hispania mediterránea. La unificación imperial con que había soñado Alejandro parecía simbólicamente realizada en la época de Adriano, primer emperador que recorrió personalmente sus inmensos dominios de uno a otro confín. Formalmente fue consumada con el decreto de Caracalla del año 212 d. C. por el que se concedía la ciudadanía romana a casi todos los habitantes libres del Imperio. La unificación política y administrativa fue acompañada de la seguridad exterior y la prosperidad económica. El reino de Dacia fue conquistado y anexionadas sus minas de oro; se extendieron y consolidaron las fronteras asiáticas. Las técnicas agrícolas y artesanales mejoraron un poco: las prensas de husillo fomentaron la producción de aceite; las máquinas amasadoras facilitaron la manufactura del pan y se hizo general el

nunca tuvieron una forma continua o institucional y no afectaron sustancialmente a la naturaleza colectiva de la clase terrateniente.

[29] R. Syme, *Tacitus*, II, Oxford, 1958, pp. 585-606, documenta en el primer siglo del Imperio «el auge de los provincianos».

método de soplado del vidrio [30]. La nueva *pax romana* fue acompañada, sobre todo, de una espléndida oleada de rivalidad municipal y de construcciones urbanas en casi todas las provincias del Imperio, que explotaron el descubrimiento arquitectónico romano del arco y la bóveda. La época antonina fue quizá el período culminante de las construcciones urbanas en la Antigüedad. El desarrollo económico fue acompañado del florecimiento de la cultura latina en el principado, cuando la poesía, la historia y la filosofía hicieron eclosión después de la relativa austeridad intelectual y estética de la República. Esta fue, para la Ilustración, la Edad de Oro, «el período de la historia del mundo en el que fue más feliz y próspera la condición de la raza humana», según las palabras de Gibbon [31].

Durante cerca de dos siglos, la sosegada magnificencia de la civilización urbana del Imperio romano ocultó los límites y las tensiones subyacentes a la base productiva sobre la que se asentaba. El modo de producción esclavista de la Antigüedad, a diferencia del sistema económico feudal que le sucedió, no disponía de ningún mecanismo natural e interno de autorreproducción, porque su fuerza de trabajo nunca podía estabilizarse homeostáticamente dentro del sistema. Tradicionalmente, la oferta de esclavos dependía en buena medida de las conquistas extranjeras, ya que probablemente los prisioneros de guerra siempre representaron la principal fuente de trabajo servil en la Antigüedad. La República había saqueado todo el Mediterráneo en busca de mano de obra para instalar el sistema imperial romano. El principado detuvo la expansión en los tres sectores que quedaban para un posible avance: Germania, Dacia y Mesopotamia. Con el cierre final de las fronteras imperiales, después de Trajano, el manantial de los cautivos de guerra se secó de forma inevitable. El comercio de esclavos no pudo suplir la escasez resultante, porque sus propias reservas siempre habían dependido de las operaciones militares. La periferia bárbara que rodeaba a todo el Imperio continuó suministrando esclavos, comprados en la frontera por los mercaderes, pero no en cantidades suficientes para resolver el problema de la oferta en situaciones de paz. En consecuencia, los precios

[30] F. Kiechle, *Sklavenarbeit und technischer Fortschritt*, pp. 20-60, 103-105. El libro de Kiechle intenta refutar las teorías marxistas sobre la esclavitud en la Antigüedad, pero, en realidad, las pruebas reunidas y algo exageradas por él entran perfectamente en los cánones del materialismo histórico.

[31] *The history of the decline and fall of the Roman Empire*, I, p. 78.

comenzaron a subir drásticamente: en los siglos I y II d. C. eran de ocho a diez veces más altos que en los siglos II y I antes de Cristo[32]. Esta alza radical en los costes puso cada vez más de manifiesto las contradicciones y los riesgos del trabajo esclavista para sus propietarios. En efecto, cada esclavo adulto representaba una inversión perecedera de capital para el propietario de esclavos, que tenía que perderse *in toto* a su muerte, de tal forma que la renovación de la mano de obra servil (a diferencia de la mano de obra asalariada) exigía una fuerte inversión previa en un mercado que se había hecho cada vez más rígido. Porque, como Marx ya había señalado, «el capital abonado en la compra del esclavo no pertenece al capital mediante el cual se extrae del esclavo la ganancia, el plustrabajo. Por el contrario. Es capital que el poseedor de esclavos ha enajenado, deducción del capital del que dispone en la producción real»[33]. Además, claro está, el mantenimiento de la prole de los esclavos era una carga financiera improductiva para el propietario que inevitablemente tendía a minimizar o a descuidar. Los esclavos agrícolas vivían en *ergastula* semejantes a barracones, en condiciones muy cercanas a las de las prisiones rurales. Las mujeres esclavas eran muy pocas, ya que generalmente resultaban improductivas para los propietarios debido a la falta de empleos disponibles para ellas, aparte de las tareas domésticas[34]. De ahí que la composición sexual de la población esclava rural siempre estuviera radicalmente desequilibrada y se caracterizara por la ausencia virtual de conyugalidad. El resultado quizá haya sido un índice habitualmente bajo de reproducción que puede haber disminuido el volumen de la mano de obra de generación en generación[35]. Para contrarrestar este descenso, parece que los terratenientes practicaron la crian-

[32] Jones, «Slavery in the ancient world», pp. 191-4.

[33] Marx, *Capital*, Moscú, 1962, III, pp. 788-9. [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1979, libro III, vol. 8, pp. 1028-9.] Marx se refería al uso de la esclavitud en el modo de producción capitalista del siglo XIX, y, como diremos más adelante, es peligroso extrapolar sus observaciones a la Antigüedad sin más. Pero, en este caso, la sustancia de su comentario se puede aplicar *mutatis mutandis* al modo de producción esclavista en cuanto tal. Más adelante, Weber afirmaría lo mismo en «Agrarverhältnisse im Altertum», pp. 18 *ss*.

[34] Brunt, *Italian manpower*, pp. 143-4, 707-8.

[35] Weber insistió con fuerza en este punto: «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», pp. 297-9; «Agrarverhältnisse im Altertum» p. 19. «El coste de mantener mujeres y criar niños habría representado un lastre para el capital destinado a la inversión del propietario.»

za de esclavos de forma creciente al final del principado, concediendo premios a las esclavas por tener hijos[36]. Aunque existen pocos testimonios sobre el volumen de la crianza de esclavos en el Imperio, este recurso debió de mitigar durante cierto tiempo la crisis experimentada por todo el modo de producción después del cierre de las fronteras, pero no pudo aportarle una solución a largo plazo. Por otra parte, la población rural libre no creció lo suficiente para compensar las pérdidas del sector esclavista. La preocupación imperial por la situación demográfica en el campo la puso de manifiesto Trajano en época muy temprana con la institución de créditos públicos a los terratenientes para atender al mantenimiento de los huérfanos locales, presagio de la inminente escasez.

El decreciente volumen de la mano de obra no podía ser compensado tampoco con los aumentos en su productividad. La agricultura esclavista de finales de la República y principios del Imperio fue más racional y rentable para los terratenientes que cualquier otra forma de explotación de la tierra, debido en parte a que los esclavos podían ser utilizados todo el tiempo mientras que los arrendatarios eran improductivos durante

[36] Columela recomendaba dar premios de maternidad a las esclavas en el siglo I d. C., pero hay pocos casos documentados de una crianza sistemática de esclavos. Finley ha argumentado que del mismo modo que los plantadores del sur de los Estados Unidos practicaron con éxito la crianza de esclavos durante el siglo XIX, donde la población esclava aumentó después de la abolición del comercio de esclavos, no hay ninguna razón para que esa misma conversión no haya tenido lugar en el Imperio romano después del cierre de las fronteras: véase *The Journal of Roman Studies*, XLVIII, 1958, p. 158. Pero la comparación no es pertinente. Los plantadores sureños de algodón suministraban la materia prima a la principal industria manufacturera de una economía capitalista mundial: sus costes de trabajo podían elevarse hasta los niveles internacionales de beneficio, de unas dimensiones sin precedentes, realizados por este modo de producción capitalista después de la revolución industrial de principios del siglo XIX. Aun así, la condición de la crianza de esclavos fue probablemente la integración nacional del sur en la más amplia economía asalariada del conjunto de los Estados Unidos. En América Latina, donde la mortalidad de los esclavos fue absolutamente catastrófica, no se alcanzó un índice semejante de reproducción. En el caso del Brasil, la población había descendido a un quinto de su nivel de 1850 en la época en que la esclavitud fue formalmente abolida. Véase el instructivo ensayo de C. van Woodward, «Emancipation and reconstruction. A comparative study», *13th International Congress of Historical Sciences*, Moscú, 1970, pp. 6-8. La esclavitud en la Antigüedad clásica fue, por supuesto, mucho más primitiva que la de América del Sur. No existe ninguna posibilidad objetiva de que haya precedentes de la experiencia del sur de Estados Unidos.

considerables períodos del año [37]. Catón y Columela enumeraron cuidadosamente todas las diversas tareas a las que podían dedicarse bajo techo y fuera de estación cuando no había campos que cultivar ni cosechas que recolectar. Los artesanos esclavos eran tan habilidosos como los libres, ya que ellos eran quienes tendían a determinar el nivel general de destreza de todos los oficios por su empleo en ellos. Por otra parte, la eficacia de los *latifundia* dependía de la capacidad de su administrador o *vilicus* (el eslabón débil del *fundus*) y además la supervisión de los trabajadores esclavos era notablemente difícil en los extensos campos de cereales [38]. Pero sobre todo nunca pudieron superarse ciertos límites inherentes a la productividad esclavista. El modo de producción esclavista no estuvo desprovisto en absoluto de progresos técnicos; como ya hemos visto, su expansión en Occidente se caracterizó por algunas importantes innovaciones agrícolas, entre ellas la introducción del molino giratorio y de la prensa de husillo. Pero su dinámica era muy limitada, ya que se basaba esencialmente en la incorporación de trabajo más que en la explotación de tierra o en la acumulación de capital. Así, a diferencia de los modos de producción feudal o capitalista que le sucedieron, el modo de producción esclavista poseía muy poca tendencia objetiva al avance tecnológico, ya que su tipo de crecimiento por adición de trabajo constituyó un campo estructural resistente, en último término, a las innovaciones tecnológicas, aunque en principio no las excluyera. Por tanto, y aunque no sea completamente verídico decir que la tecnología alejandrina continuó siendo la base

[37] K. D. White, «The productivity of labour in Roman agriculture», *Antiquity*, XXXIX, 1965, pp. 102-7.

[38] En esas fincas cultivables es donde los comentarios de Marx sobre la eficacia de los esclavos encuentran quizá su mayor justificación: «Al trabajador se lo distingue aquí, según la certera expresión de los antiguos, sólo como *instrumentum vocale* [instrumento hablante] del animal como *instrumentum semivocale* [instrumento semimudo] y de la herramienta inanimada como *instrumentum mutuum* [instrumento mudo]. Pero él mismo hace sentir al animal y la herramienta que no es su igual, sino hombre. Adquiere el sentimiento de la propia dignidad, de la diferencia que lo separa de ellos, maltratándolos y destrozándolos *con amore*.» *Capital*, Moscú, 1961, I, p. 196. [*El capital*, Madrid, Siglo XXI, 1975, libro I, volumen 1, p. 238.] Debe recordarse, sin embargo, que, en *El capital*, Marx se refería esencialmente al uso de esclavos en el modo de producción capitalista (Estados sudistas de América) y no al modo de producción esclavista como tal. Nunca formuló una teoría acabada de la función de la esclavitud en la Antigüedad. Por otra parte, la investigación moderna ha revisado radicalmente muchas de sus afirmaciones sobre la esclavitud americana.

inamovible de los procesos de trabajo en el Imperio romano, ni que en los cuatro siglos de su existencia nunca se introdujo ningún tipo de instrumentos que ahorraran mano de obra, sí es verdad que los límites de la economía agrícola romana se alcanzaron muy pronto y se mantuvieron rígidamente.

Los insuperables obstáculos sociales a un mayor progreso técnico y las limitaciones fundamentales del modo de producción esclavista recibieron su más sorprendente ilustración en el destino de los dos inventos más importantes ocurridos bajo el principado: el molino de agua (en Palestina, a comienzos del siglo I d. C.) y la máquina segadora (en la Galia, durante el siglo I d. C.). El inmenso potencial del molino hidráulico —básico para la posterior agricultura feudal— es evidente, ya que representaba la primera utilización práctica de la fuerza inorgánica a la producción económica. Como Marx comentaría, «con el molino hidráulico, el Imperio romano nos había legado la forma elemental de toda maquinaria» [39]. El Imperio, sin embargo, no hizo un uso general del invento, que fue prácticamente ignorado durante el principado. En el Imperio tardío su incidencia fue algo más frecuente, aunque no parece haberse convertido nunca en un instrumento normal de la agricultura antigua. Asimismo, la cosechadora con ruedas, introducida para acelerar la siega en los climas lluviosos del norte, nunca fue adoptada fuera de la Galia [40]. En este caso, la falta de interés era el reflejo de una incapacidad más general para cambiar los métodos de la agricultura mediterránea de secano —con su arado ligero y el sistema de rotación bienal— en las tierras más densas y húmedas del norte de Europa, que necesitaban nuevos instrumentos de trabajo para su plena explotación. Ambos casos demuestran que la mera técnica nunca es por sí misma un primer motor del cambio económico: los inventos hechos por individuos concretos pueden permanecer aislados durante siglos hasta que no surjan las relaciones sociales que únicamente pueden ponerlos en funcionamiento como tecnología colectiva. El modo de producción esclavista ofrecía poco espacio y poco tiempo para el molino o la cosechadora: la agricultura romana los ignoró hasta el fin. Significativamente, los únicos tratados importantes de inventos o

[39] *Capital*, I, p. 348. [*El capital*, libro I, vol. 3, p. 424.]

[40] Para el molino hidráulico en la Antigüedad tardía, véase Moritz, *Grain-mills and flour*, pp. 137-9; Jones, *The later Roman Empire*, II, páginas 1047-8. Para la cosechadora, véase White, *Roman farming*, páginas 542-3.

técnicas aplicadas que han sobrevivido al Imperio romano son militares o arquitectónicos, redactados esencialmente para sus complejos de armamento y fortificaciones y para su repertorio de ornamentación civil.

Para la enfermedad del campo no existía, sin embargo, ninguna salvación urbana. El principado presenció una actividad sin precedentes en materia de construcciones urbanas en el Mediterráneo, pero la expansión cuantitativa en el número de grandes y medias ciudades durante los dos primeros siglos del Imperio nunca se vio acompañada por una transformación cualitativa de la estructura de la producción global. Ni la industria ni el comercio pudieron acumular nunca un volumen de capital o de experiencia por encima de los límites estrictos establecidos por el sistema económico de la Antigüedad clásica. La regionalización de las manufacturas, debido a los costes de transporte, impidió la concentración industrial y el desarrollo de una división del trabajo más avanzada en las manufacturas. Una población compuesta en su inmensa mayoría por campesinos míseros, trabajadores esclavos y pobres urbanos reducía los mercados de consumo a una escala muy pequeña. Aparte de los arrendamientos de impuestos y de los contratos públicos de la época republicana (cuya importancia descendió enormemente en el principado, después de las reformas fiscales de Augusto), nunca se desarrollaron compañías comerciales ni existieron las deudas consolidadas; el sistema crediticio siguió siendo, pues, muy rudimentario. Las clases poseedoras mantuvieron su tradicional desdén hacia el comercio. Los comerciantes constituían una categoría despreciada que se reclutaba con frecuencia entre los libertos, ya que la manumisión de los esclavos administrativos y domésticos fue siempre una práctica muy extendida que reducía con regularidad los más altos rangos de la población esclava de las ciudades, mientras que la contracción de la oferta exterior pudo haber disminuido gradualmente el número de artesanos serviles en las ciudades. La vitalidad económica de éstas siempre fue limitada y dependiente: su curso reflejaba más que contrarrestaba el del campo. En las ciudades no había recursos que pudieran invertir la relación entre ambos. Por otra parte, una vez que el principado se hubo consolidado, el carácter del propio aparato de Estado impidió el desarrollo de las empresas comerciales. En efecto, el Estado era con mucho el mayor consumidor del Imperio y el único verdadero foco para la producción masiva de artículos de primera necesidad que podría haber creado un dinámico sector manufacturero. Sin

embargo, esta tendencia se vio reprimida por la política de abastecimientos y la peculiar estructura del Estado imperial. Durante toda la Antigüedad clásica, las obras públicas ordinarias —carreteras, edificios, acueductos, alcantarillas— eran realizadas normalmente por trabajadores esclavos. El Imperio romano, con su maquinaria estatal enormemente aumentada, presenció la correspondiente extensión de este principio, porque todos los armamentos y una considerable proporción de los suministros para su aparato civil y militar terminaron siendo producidos autárquicamente por sus propias industrias, manejadas por un personal submilitar o por esclavos estatales hereditarios[41]. Así, el único sector manufacturero verdaderamente importante quedó sustraído en buena medida al intercambio mercantil. La utilización permanente y directa del trabajo esclavo por el Estado romano —rasgo estructural que perduró hasta el mismo Imperio bizantino— fue uno de los fundamentos básicos de la economía política de la Antigüedad tardía. La infraestructura de la esclavitud encontró una de sus expresiones más concentradas dentro de la propia superestructura imperial. De esta forma pudo expandirse el Estado, pero la economía urbana obtuvo pocos beneficios de este desarrollo; antes bien, su magnitud y su peso tendieron a ahogar la iniciativa comercial privada y la actividad empresarial. Y una vez que la expansión exterior hubo cesado ya no se produjo ningún aumento de la producción en la agricultura ni en la industria dentro de las fronteras imperiales que pudiera detener la silenciosa decadencia de su mano de obra servil[42].

[41] Para algunos comentarios sobre la tradición de la utilización de esclavos en las obras públicas, véase Finley, *The Ancient economy*, p. 75. En las casas de la moneda y factorías textiles imperiales (que suministraban los uniformes al aparato de Estado, obligatorios tanto para los civiles como para los militares a partir de Constantino) trabajaban esclavos estatales. Lo mismo sucedía con los grandes cuerpos de trabajadores manuales en el *cursus publicus* o servicio postal imperial, que formaba el sistema central de comunicaciones del Imperio. Los establecimientos de armas se mantenían a base de trabajadores hereditarios con rango militar, que eran marcados con hierro para impedir que se libraran de su condición. En la práctica, no existía una gran diferencia social entre ambos grupos sociales. Jones, *The later Roman Empire*, II, páginas 830-7.

[42] Finley ha propuesto en fecha reciente una ingeniosa reinterpretación de la recesión de la esclavitud hacia finales del principado. Finley afirma que el intervalo entre el cierre de las fronteras (realmente el año 14 d. C.) y el comienzo de la decadencia de la esclavitud (después del 200 d. C.) es demasiado largo para que el primero pueda explicar al segundo. Sugiere, pues, que el mecanismo básico debe buscarse sobre todo

El resultado de todo ello fue una incipiente crisis, a principios del siglo III, en el sistema económico y social que muy pronto se transformó en un colapso general del orden político tradicional en medio de violentos ataques exteriores contra el Imperio. La repentina escasez de fuentes —uno de los síntomas de la crisis de mediados del siglo III— hace muy difícil trazar retrospectivamente su rumbo o sus mecanismos exactos[43]. Es

en la decadencia de la importancia de la ciudadanía dentro del Imperio, que condujo a la distinción jurídica entre las dos clases de *honestiores* y *humiliores* y a la reducción del campesinado libre a la condición dependiente bajo el agobiante peso político y fiscal del Estado imperial. Una vez que hubo un número suficiente de trabajadores indígenas reducido a una condición dependiente de explotación (cuya forma ulterior fue el colonado) las importaciones de trabajadores cautivos foráneos se hicieron innecesarias y la esclavitud tendió a desaparecer: véanse sus análisis en *The Ancient economy*, pp. 85-7 *ss*. Esta explicación adolece, sin embargo, de la misma dificultad que él atribuye al análisis que rechaza. En efecto, la eliminación política de toda ciudadanía verdaderamente popular y la decadencia económica del campesinado libre se consumaron mucho antes de la disminución de la esclavitud; en buena medida, ambas se produjeron durante el último período de la República. Incluso la distinción entre *honestiores* y *humiliores* se remonta, como mucho, a principios del siglo II, esto es, cien años antes de la crisis de la economía específicamente esclavista, que el mismo Finley reconoce que debe ser datada a partir del siglo III. Quizá pueda detectarse cierto ánimo sutil contra el Estado imperial romano bajo la superficie de los argumentos de Finley, que realmente hace responsable a la autocracia del Imperio de las transformaciones de su sistema económico. Es preferible realizar un análisis materialista que parta de las contradicciones internas del propio modo de producción esclavista. El hiato cronológico sobre el que Finley llama correctamente la atención es posible que se deba a los efectos mitigadores de la crianza doméstica y de la compra en las fronteras que tuvieron lugar en el período intermedio.

[43] La gran línea divisoria de mediados del siglo III es todavía la fase más oscura de la historia imperial romana, incomparablemente menos documentada y estudiada que la caída de los siglos IV y V. La mayor parte de los estudios existentes son muy incompletos. Rostovtsev ofrece una extensa descripción en *The social and economic history of the Roman Empire*, Oxford, 1926, pp. 417-48. [*Historia social y económica del Imperio romano*, Madrid, Espasa-Calpe, 1937.] Pero su estudio está viciado por el insistente anacronismo de sus conceptos analíticos, que de forma incongruente convierte a los terratenientes municipales en «burguesía» y a las legiones imperiales en «ejércitos campesinos» formados en orden de batalla contra ella, e interpreta toda la crisis en términos de polaridad entre ambos. Meyer Reinhold ha escrito una eficaz crítica marxista de estos temas ahistóricos de la obra de Rostovtsev: «Historian of the ancient world: a critique of Rostovtseff», *Science and Society*, otoño de 1946, x, núm. 4, pp. 361-91. Por último, el análisis marxista más conspicuo de esta época, *Krizis Rabovladel'chescovo Stroia* de E. V. Shtaerman, adolece también de un grave defecto que se deriva de la rígida contraposición que hace Shtaerman entre la *villa* esclavista de ta-

posible que en los últimos años de la época de los Antoninos ya salieran a la superficie algunas tensiones graves. La presión germana sobre las fronteras del Danubio había desembocado en las largas guerras contra los marcomanos; Marco Aurelio había devaluado en un 25 por ciento el *denarius* de plata; la primera explosión importante de bandolerismo social ya había estallado con la amenazadora ocupación de grandes zonas de la Galia e Hispania por las bandas armadas del desertor Materno, que incluso pretendió invadir Italia durante el desastroso reinado de Cómodo[44]. La subida al trono, después de una breve guerra civil, de la casa de los Severos llevó al poder a una dinastía africana; la rotación regional del cargo imperial parecía funcionar una vez más al restablecerse aparentemente el orden y la prosperidad. Pero de pronto la inflación se desbocó misteriosamente a medida que la moneda se devaluaba una y otra vez. A mediados de siglo se produjo un colapso completo de la moneda de plata, que redujo el *denarius* al 5 por ciento de su valor tradicional; hacia finales de siglo, los precios del trigo se habían disparado hasta unos niveles 200 veces superiores a los de comienzos del principado[45]. La estabilidad política degeneró al mismo ritmo que la estabilidad monetaria. En los caóticos cincuenta años que van desde el 235 al 284 no hubo menos de 20 emperadores, 18 de los cuales murieron de muerte violenta, uno cautivo en el extranjero y otro víctima de la peste: destinos todos que simbolizan una época. Las guerras civiles y las usurpaciones fueron prácticamente ininterrumpidas desde Maximino el Tracio hasta Diocleciano, y se vieron mezcladas con una secuencia devastadora de invasiones y ataques extranjeros a lo largo de las fronteras que afectaban duramente al interior. Los francos y otras tribus germánicas asolaron repetidamente la Galia y llegaron con sus saqueos hasta Hispania; los alamanes y los yutungos marcharon sobre Italia; los carpos invadieron la Dacia y la Mesia; los hérulos asalta-

maño mediano como «antigua forma de propiedad» y el gran *latifundium* como evolución «proto-feudal» de la aristocracia extramunicipal. Véase *supra*, nota 9, p. 56.

[44] Para Materno, véanse las recientes y penetrantes observaciones de M. Mazza, *Lotte sociale e restaurazione autoritaria nel terzo secolo d. C.*, Catania, 1970, pp. 326-7.

[45] F. Millar, *The Roman Empire and its neighbours*, Londres, 1967, páginas 241-2. [*El Imperio romano y sus pueblos limítrofes*, vol. 8 de la Historia Universal Siglo XXI, Madrid, 1973.] Hay un estudio muy amplio de la gran inflación en Mazza, *Lotte sociale e restaurazione autoritaria*, páginas 316-408.

ron Tracia y Grecia; los godos cruzaron el mar para saquear el Asia Menor; la Persia sasánida ocupó Cilicia, Capadocia y Siria; Palmira separó a Egipto; los moros y los blemios nómadas hostigaron el norte de Africa. En fechas diferentes, Atenas, Antioquía y Alejandría cayeron en manos de los enemigos; París y Tarragona fueron incendiadas y la misma Roma tuvo que ser nuevamente fortificada. El torbellino político interior y las invasiones extranjeras trajeron muy pronto consigo sucesivas epidemias que debilitaron y redujeron las poblaciones del Imperio, disminuidas ya con las destrucciones de la guerra. Las tierras fueron abandonadas y en la producción agrícola aumentó la escasez de suministros [46]. El sistema de impuestos se desintegró con la depreciación de la moneda y los pagos fiscales retrocedieron a entregas en especie. La construcción urbana sufrió una repentina parálisis, arqueológicamente atestiguada en todo el Imperio; en algunas regiones, los centros urbanos decayeron y se redujeron [47]. En Galia, donde se mantuvo durante quince años un Estado imperial separatista con su capital en Tréveris, se produjeron en los años 283-284 grandes levantamientos rurales de las masas explotadas, la primera insurrección de los bagaudas que habrían de repetirse más tarde en la historia de las provincias occidentales. Durante unos cincuenta años —del 235 al 284— y bajo una fuerte presión interna y externa, la sociedad romana pareció llegar a su colapso final.

Sin embargo, a finales del siglo III y principios del IV se produjo una transformación y recuperación del Estado imperial. La seguridad militar fue gradualmente restablecida por una serie marcial de generales danubianos y balcánicos que tomaron sucesivamente la púrpura: Claudio II derrotó a los godos en Mesia; Aureliano expulsó a los alamanes de Italia y sometió a Palmira; Probo aniquiló a los invasores germánicos de la Galia. Estos éxitos prepararon el camino para la reorganización de toda la estructura del Estado romano en la época de Diocleciano, proclamado emperador en el año 284, que a su vez hizo posible el precario resurgimiento de los cien años

[46] Roger Rémondon, *La crise de l'Empire romain*, París, 1964, pp. 85-6. [*La crisis del Imperio romano*, Barcelona, Labor, 1967.] Rémondon tiende a atribuir la crisis de mano de obra en el campo esencialmente al éxodo rural hacia las ciudades, como consecuencia de la urbanización generalizada. Pero, en realidad, uno de los fenómenos más sólidamente comprobados de la época fue el descenso en la construcción urbana.

[47] Millar, *The Roman Empire and its neighbours*, pp. 243-4, insiste especialmente en la repentina paralización del desarrollo urbano como prueba básica de la profundidad de la crisis.

siguientes. La medida más importante fue el aumento radical de los ejércitos imperiales por medio de la reimplantación del reclutamiento obligatorio: el número de legiones se duplicó en el transcurso del siglo, llegando a una fuerza total de unos 450.000 hombres. A partir de finales del siglo II y principios del III un creciente número de soldados fue estacionado en puestos de guardia situados a lo largo de las rutas principales para mantener la seguridad interior y vigilar el campo [48]. Más tarde, a partir de la época de Galieno, hacia el 260, se desplegaron en profundidad, tras las fronteras imperiales, unos ejércitos de choque que permitían una mayor movilidad contra los ataques exteriores, dejando que unidades secundarias de *limitanei* vigilaran el perímetro exterior del Imperio. Un gran número de voluntarios bárbaros se incorporaron al ejército y formaron en adelante muchos de sus regimientos más selectos. Más importante todavía fue que todos los altos mandos militares se confiaron ahora únicamente a hombres de rango ecuestre; la aristocracia senatorial fue desplazada, por tanto, de su posición tradicionalmente central en el sistema político a medida que el supremo poder imperial pasaba cada vez más al cuerpo de oficiales profesionales del ejército. El mismo Diocleciano también cerró sistemáticamente a los senadores el acceso a la administración civil [49]. Las provincias se multiplicaron por algo más de dos al ser divididas en unidades más reducidas y manejables, y el funcionariado en ellas establecido aumentó proporcionalmente para garantizar un control burocrático más estrecho. Después del desbarajuste de mediados de siglo se estableció un nuevo sistema fiscal que fundió los principios del impuesto sobre la tierra y la capitación en una

[48] Millar, *The Roman Empire and its neighbours*, p. 6. La multiplicación de estas *stationes* era un síntoma del creciente malestar social del período comprendido entre Cómodo y Carino. Sin embargo, las interpretaciones de la tetrarquía como una junta de emergencia para el restablecimiento del orden político interno, esbozadas por Shtaerman y Mazza, son demasiado forzadas. Shtaerman considera al régimen de Diocleciano como el producto de una reconciliación entre los dos tipos de propietarios cuyo conflicto caracteriza, según ella, a esta época, en la que los grandes latifundistas se adelantaron a la amenaza de una insurrección social desde abajo. Véase *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia*, páginas 479-80, 499-501, 508-9. Un crítico ruso ha señalado, entre otras objeciones, que todo el esquema de Shtaerman olvida curiosamente las masivas invasiones externas que constituyen el principal trasfondo de la tetrarquía: V. N. Diakov, *Vestnik Drevnei Istorii*, 1958, IV, p. 126.

[49] Véase especialmente M. Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, Oxford, 1972, pp. 39-48.

sola unidad, calculada sobre la base de censos nuevos y exhaustivos. Por vez primera en el mundo antiguo se introdujeron los cálculos presupuestarios anuales, que pudieron ajustar los niveles de impuestos a los gastos corrientes (que como era de esperar se elevaron incesantemente). La tremenda expansión material de la maquinaria de Estado que resultó de todas estas medidas contradijo inevitablemente los intentos ideológicos de Diocleciano y de sus sucesores para estabilizar gracias a ella la estructura social del Imperio tardío. Los decretos que encerraban a grandes grupos de población en gremios hereditarios similares a las castas, después de la turbulencia del medio siglo pasado, podían tener poco efecto práctico[50]; la movilidad social probablemente aumentó algo debido a la ampliación de las nuevas vías de promoción militares y burocráticas dentro del Estado[51]. Los fugaces esfuerzos para fijar los precios y los sueldos administrativos en todo el Imperio fueron todavía menos realistas. Por otra parte, la misma autocracia imperial superó fácilmente todos los límites tradicionales impuestos por la opinión senatorial y por la costumbre al ejercicio del poder personal. El «principado» dio paso al «dominado» cuando los emperadores, a partir de Aureliano, se autodenominaron *dominus et deus* e impusieron la ceremonia oriental de la postración de cuerpo entero ante la presencia real, la *proskynesis* con la que Alejandro había inaugurado los Imperios helenísticos del Oriente Próximo.

El carácter político del dominado se ha interpretado frecuentemente como un desplazamiento del centro de gravedad del sistema imperial romano hacia el Mediterráneo oriental, que se consumaría poco después con el auge de Constantinopla, la nueva Roma a orillas del Bósforo. No hay duda de que las provincias orientales prevalecían ahora dentro del Imperio en dos aspectos fundamentales. Económicamente, la crisis del

[50] R. Macmullen, «Social mobility and the Theodosian Code», *The Journal of Roman Studies*, LIV, 1964, pp. 49-53. La tesis tradicional (por ejemplo, la de Rostovtsev) de que Diocleciano impuso una estructura prácticamente de castas en el Imperio tardío está desacreditada. Es evidente que la burocracia imperial fue incapaz de hacer cumplir los decretos imperiales y de vigilar a los gremios.

[51] El mejor análisis breve de la ascensión social a través de la máquina del Estado es el de Keith Hopkins, «Elite mobility in the Roman Empire», *Past and Present*, núm. 32, diciembre de 1965, pp. 12-26, que insiste en los límites necesarios de este proceso: la mayoría de los nuevos dignatarios del Imperio tardío siempre fueron cooptados entre la clase terrateniente de las provincias.

modo de producción esclavista tardío afectó con más fuerza a Occidente, donde estaba mucho más profundamente arraigado, y lo dejó en una situación comparativamente peor, al no poseer ya un dinamismo autóctono que le permitiera contrarrestar la tradicional riqueza de Oriente, con lo que comenzó a hundirse como la parte más pobre del Mediterráneo. Culturalmente, su empuje se diluyó también de forma creciente. A finales de la época de los Antoninos ya habían renacido la filosofía y la historia griegas: el lenguaje literario de Marco Aurelio, por no hablar de Dión Casio, ya no era el latín. Mucho más importante fue, por supuesto, el lento crecimiento de la nueva religión que habría de implantarse en el Imperio. El cristianismo había nacido en Oriente y allí se extendió progresivamente durante todo el siglo III, mientras Occidente permanecía relativamente inmune en comparación. Pero, a pesar de las apariencias, estos cambios fundamentales no se reflejaron en la misma medida en la estructura política del Estado porque realmente no se produjo una helenización de la cúspide dirigente del sistema político imperial y todavía menos su completa orientalización. La rotación orbital del poder dinástico se detuvo curiosamente antes de llegar al Oriente grecolevantino[52]. La dinastía africana de los Severos parecía destinada a llevar a cabo una suave transmisión del cargo imperial a una nueva región, cuando la familia siria en la que Septimio Severo había contraído matrimonio preparó la subida al trono de un joven local, presentado falsamente como su nieto, que se convirtió en el emperador Heliogábalo en el año 218. El exotismo cultural —religioso y sexual— de este adolescente hizo a su corto reinado muy célebre en todos los posteriores recuerdos romanos. Heliogábalo fue rápidamente removido por una opinión senatorial profundamente hostil, bajo cuya tutela le sucedió su descolorido primo Alejandro Severo —otro menor, que había sido educado en Italia— antes de ser asesinado en el año 235. A partir de entonces, sólo un oriental, un representante extremadamente atípico de aquella región, llegó a ser emperador de Roma: Julio

[52] Este hecho fundamental ha sido olvidado con mucha frecuencia. La lista moderadamente ecuménica de las sucesivas dinastías, hecha por Millar, es en realidad gravemente engañosa: *The Roman Empire and its neighbours*, p. 3. Más adelante, Millar observa que sólo gracias a un «accidente del destino» Heliogábalo y su primo pudieron ser los primeros emperadores procedentes del Oriente griego «antes que ningún senador de la próspera burguesía de Asia Menor» (p. 49). En realidad, ningún griego de Asia menor llegó a ser nunca emperador antes de la división del Imperio.

Filipo, un árabe procedente del desierto de Transjordania. Sorprendentemente, ningún griego de Asia Menor ni de la misma Grecia, ningún otro sirio y ni un solo egipcio consiguieron nunca la púrpura imperial. Las regiones más ricas y urbanizadas del Imperio fueron incapaces de garantizar un vínculo directo con la cima del Estado que las gobernaba. Esas regiones permanecieron marginadas por el carácter irreductiblemente *romano* del Imperio, fundado y construido por Occidente, que siempre fue mucho más homogéneo que el heteróclito Oriente, donde por lo menos tres importantes culturas (la griega, la siria y la egipcia, por no hablar de las otras destacadas minorías de la región) se disputaban el legado de la civilización helenística[53]. En el siglo III, los italianos ya no constituían una mayoría en el Senado, un tercio del cual procedía generalmente del Oriente grecoparlante. Pero mientras el Senado tuvo algún poder en la selección y control de los emperadores, siempre eligió a representantes de las clases terratenientes del Occidente latino. Balbino (Hispania) y Tácito (Italia) figuraron entre los últimos candidatos senatoriales que alcanzaron la dignidad imperial en el siglo III.

Porque, al mismo tiempo, el centro del poder político dejó de estar en la capital para pasar al campo militar de las zonas fronterizas. Galieno fue el último soberano de esta época que residió en Roma. A partir de entonces los emperadores habían de hacerse y deshacerse fuera del ámbito de la influencia senatorial, por medio de luchas faccionales entre los jefes militares. Este cambio político fue acompañado de un nuevo y decisivo cambio regional en la composición dinástica. Desde mediados del siglo III, el poder imperial pasó con sorprendente regularidad a los generales procedentes de una zona atrasada, antaño conocida con el nombre genérico de Iliria, que ahora formaba el bloque de provincias comprendidas por Panonia, Dalmacia y Mesia. El predominio de estos emperadores danubiobalcánicos se mantuvo como una constante hasta la caída del Estado romano en Occidente e incluso después de ésta. Decio, Claudio el Godo, Aureliano, Probo, Diocleciano, Constantino, Galerio, Joviano, Valentiniano y Justiniano se cuentan entre ellos[54] y su común origen regional es todavía

[53] En Oriente había, pues, cuatro idiomas literarios locales —griego, sirio, copto y arameo—, mientras que en Occidente no existía ningún otro idioma escrito aparte del latín.

[54] Syme sugiere que Maximino el Tracio —que probablemente era de Mesia y no de Tracia— y posiblemente también Tácito deberían añadirse

más sorprendente si se tiene en cuenta que entre ellos no existió parentesco de ningún tipo. Hasta comienzos del siglo VI, el único emperador importante que no procedió de esta zona fue un hispano, Teodosio, que venía del lejano oeste del Imperio. La razón más obvia del auge de estos gobernantes panonios e ilirios radica en el papel desempeñado por las provincias danubianas y balcánicas en el suministro de soldados para el ejército: ambas zonas eran ya entonces una reserva tradicional de soldados y oficiales profesionales para las legiones. Pero había también algunas razones más profundas para la nueva preeminencia de esta región. Panonia y Dalmacia fueron las conquistas clave de la expansión en tiempos de Augusto, porque completaron el básico cordón geográfico del Imperio al cerrar el abismo que existía entre sus sectores oriental y occidental. Desde aquel momento, Panonia y Dalmacia siempre actuaron como el puente estratégico central que unía a las dos mitades del territorio imperial. Todos los movimientos de tropas efectuados por tierra a lo largo del eje este-oeste tenían que pasar por esta zona, que, en consecuencia, se convirtió en el punto de apoyo de muchas importantes guerras civiles del Imperio, a diferencia de las típicas batallas navales en Grecia durante la época republicana. El control de los puertos de los Alpes Julianos permitía un rápido descenso y una veloz resolución de los conflictos en Italia. A partir de Panonia tuvo lugar la victoria de Vespasiano en el 69, el triunfo de Septimio en el 193, la usurpación de Decio en el 249, la toma del poder por Diocleciano en el 285 y la asunción de Constancio en el 351. Más allá de la importancia estratégica de esta zona estaba, sin embargo, su especial posición social y cultural dentro del Imperio. Panonia, Dalmacia y Mesia eran regiones intratables, cuya proximidad con el mundo griego nunca había conducido a su integración en él; fueron de las últimas provincias continentales romanizadas y su conversión a la agricultura convencional de la *villa* se produjo necesariamente mucho después y fue más incompleta que la de Galia, Hispania o Africa[55]. El modo de producción esclavista nunca alcanzó en ellas la misma mag-

a esta lista: *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971 pp. 182-6, 246-7. Los otros pocos emperadores de esta época parecen haber sido todos occidentales. Treboniano Galo, Valeriano y Galieno eran de Italia, Macrino era de Mauritania, y Caro probablemente de la Galia meridional.

[55] P. Oliva, *Pannonia and the onset of crisis in the Roman Empire*, Praga, 1962, pp. 248-58, 345-50.

nitud que en las otras provincias latinas del continente occidental, aunque es posible que al final registrara allí algunos avances mientras retrocedía ya en las regiones más antiguas: en un estudio sobre el Imperio a finales del siglo IV se describe a Panonia como importante exportador de esclavos [56]. La crisis de la agricultura esclavista no fue, por consiguiente, tan temprana o tan radical, y el número de propietarios libres y arrendatarios fue más considerable, de acuerdo con un modelo rural más cercano al de Oriente. Indudablemente, la vitalidad de esta región, en medio de la decadencia de Occidente, no estuvo desconectada de esa distinta formación. Pero, al mismo tiempo, su función política fundamental era inseparable de su latinidad; lingüísticamente, era romana y no griega, la más cruda y oriental extremidad de la civilización latina. Por tanto, no fue sólo su situación territorial en el punto de articulación continental entre Oriente y Occidente lo que determinó su importancia; su posición en el lado correcto de la frontera cultural fue lo único que hizo posible su sorprendente preeminencia en un sistema imperial que en su más profunda naturaleza y en su origen era todavía un orden romano. El cambio dinástico hacia las tierras atrasadas del Danubio y los Balcanes representaba el mayor movimiento posible hacia Oriente del sistema político romano, para mantener unido al Imperio, compatible con la conservación de su íntegro carácter latino.

El vigor militar y burocrático de los nuevos dirigentes de Panonia e Iliria había conseguido estabilizar nuevamente el Estado imperial a comienzos del siglo IV. Pero la restauración administrativa del Imperio se realizó a costa de una grave y creciente fisura dentro de la estructura global del poder. La unificación política del Mediterráneo trajo consigo una vez más la división social en el seno de las clases dominantes. La aristocracia senatorial de Italia, Hispania, la Galia y Africa continuó siendo el estrato económicamente más poderoso de Occidente debido a la tradicional concentración de sus riquezas. Pero ahora estaba separada del aparato del mando militar, que era la fuente del poder político imperial, el cual había pasado frecuentemente a oficiales arribistas procedentes de los empobrecidos Balcanes. Así se introdujo en el orden dirigente del dominado un antagonismo estructural, que nunca había existido en el principado y que finalmente habría de tener fatales consecuencias. Diocleciano lo llevó a su extremo con la férrea

[56] Shtaerman, *Krizis Rabovladel'cheskovo Stroia*, p. 354.

discriminación contra los candidatos senatoriales para prácticamente todos los cargos de importancia, ya fuesen civiles o militares. En esta forma exacerbada, el conflicto no podía durar: Constantino invirtió la política de su predecesor hacia la nobleza tradicional de Occidente y la cortejó sistemáticamente con nombramientos para los gobiernos de provincias y con honores administrativos, aunque no con jefaturas militares, de las que había sido alejada de forma permanente. El Senado fue ampliado y en su seno se creó una nueva élite patricia. Al mismo tiempo, la composición de la aristocracia en toda la extensión del Imperio se transformó radicalmente debido al gran cambio institucional del reinado de Constantino: la cristianización del Estado después de la conversión del emperador y de su victoria sobre Majencio en el puente Milvio. Significativamente, la nueva religión oriental sólo conquistó el Imperio cuando fue adoptada por un césar en Occidente. Un ejército procedente de Galia fue el que impuso un credo originado en Palestina, símbolo y accidente paradójico, o síntoma quizá, del dominio político del núcleo latino del sistema imperial romano. El efecto institucional inmediato más importante del cambio religioso fue quizá la promoción social de un gran número de «funcionarios cristianos», que habían hecho sus carreras administrativas gracias a su lealtad a la nueva fe, a las extensas filas de los *clarissimi* del siglo IV [57]. La mayor parte de ellos procedían de Oriente, donde llegaron a dominar el segundo Senado establecido por Constancio II en Constantinopla. Su integración en la eficaz maquinaria del dominado, con la proliferación de nuevos cargos burocráticos, reflejó y reforzó el ininterrumpido crecimiento de las dimensiones totales del Estado en la sociedad romana tardía. Por otra parte, el establecimiento del cristianismo como Iglesia oficial del Imperio añadió a partir de entonces una enorme burocracia clerical —donde previamente no había existido ninguna— al ya tremendo peso del aparato secular del Estado. Dentro de la misma Iglesia se produjo probablemente un proceso similar de expansión de la movilidad social, ya que la jerarquía eclesiástica procedía principalmente de la clase de los curiales. Los salarios y estipendios de estos dignatarios religiosos, extraídos de las inmen-

[57] Para este fenómeno, véase Jones, «The social background of the struggle between paganism and christianity», en A. Momigliano (comp.), *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, Oxford, 1963, pp. 35-7.

sas rentas devengadas por la riqueza corporativa de la Iglesia, fueron muy pronto superiores a los de los rangos equivalentes de la burocracia secular. Constantino y sus sucesores dirigieron su nueyo reparto con un pródigo derroche palatino; las indicciones y los impuestos subieron de forma inexorable. Mientras tanto, y sobre todo, Constantino aumentó el tamaño del ejército con la creación de nuevas unidades de infantería y caballería y la construcción de sus reservas estratégicas. A lo largo del siglo IV el ejército llegó a sumar cerca de 650.000 soldados, casi cuatro veces más que a comienzos del principado. El Imperio romano de los siglos IV y V se vio, pues, gravado con un vasto y exagerado aumento de sus superestructuras militar, política e ideológica.

Por otra parte, la expansión del Estado fue acompanada de una contracción en la economía. Las pérdidas demográficas del siglo III nunca se volvieron a recuperar. Aunque no puede calcularse el descenso estadístico de la población, el continuo abandono de las tierras cultivadas (los *agri deserti* del Imperio tardío) constituye la prueba inequívoca de una curva general descendente. En el siglo IV, la renovación política del sistema imperial produjo un cierto aumento temporal en la construcción urbana y un restablecimiento de la estabilidad monetaria con la emisión del *solidus* de oro. Pero estas dos recuperaciones fueron limitadas y precarias. El crecimiento urbano se concentró en buena medida en los nuevos centros militares y administrativos situados bajo el patrocinio directo de los emperadores: Milán, Tréveris o Sérdica y, sobre todo, Constantinopla. No fue un fenómeno económico espontáneo y no pudo detener la progresiva decadencia de las ciudades. Las oligarquías municipales, que en épocas anteriores habían presidido unas ciudades orgullosas y llenas de vida, fueron sometidas a una creciente supervisión e interferencia a comienzos del principado, cuando se nombraron desde Roma a unos *curatores* imperiales de carácter especial para que vigilasen las capitales de las provincias. Pero, a partir de la crisis del siglo III, la relación entre el centro y la periferia se invirtió de forma curiosa: los emperadores tuvieron que esforzarse continuamente por convencer o coaccionar a la clase de los decuriones, encargada de la administración municipal para que cumplieran con sus obligaciones hereditarias en los consejos municipales, mientras estos terratenientes locales abandonaban sus responsabilidades cívicas (y los gastos consiguientes) y las ciudades morían por falta de fondos públicos o de inversiones privadas. La típica

«huida de los decuriones» se dirigía hacia los rangos superiores de los *carlissimi* y de la burocracia central, donde estaban exentos de obligaciones municipales. Mientras tanto, en los niveles sociales más bajos, los pequeños artesanos abandonaban las ciudades en busca de seguridad y de trabajo en las fincas de los grandes magnates del campo, a pesar de los decretos oficiales que prohibían esas migraciones[58]. La gran red de carreteras que unía a las ciudades del Imperio —y que siempre fueron construcciones estratégicas más que comerciales— quizá tuvieran en algunos casos un carácter negativo para las economías de las regiones que atravesaban, ya que fueron meras vías de alojamiento de soldados y de recaudación de impuestos más que rutas de comercio o de inversión. En estas condiciones, la estabilización de la moneda y la reconversión de los impuestos en dinero en el siglo IV no representó una auténtica revitalización de la economía urbana. Antes bien, el nuevo sistema monetario inaugurado por Constantino combinó monedas selectas de oro, para uso del Estado y de los ricos, con unidades de cobre, constantemente depreciadas, para las necesidades de los pobres, sin ninguna escala de valores entre ambas, de tal forma que en la práctica se crearon dos sistemas monetarios separados, evidencia palmaria de la polarización social del Imperio tardío[59]. En la mayor parte de las provincias, el comercio y la industria urbana decayeron progresivamente a la vez que se producía una gradual e indudable ruralización del Imperio.

Naturalmente, la crisis final de la Antigüedad tuvo su origen en el propio campo. Mientras las ciudades se paralizaban o decaían, en la economía rural tuvieron lugar cambios trascendentales que presagiaban la transición hacia otro modo distinto de producción. Ya hemos señalado los límites inexorables del modo de producción esclavista cuando las fronteras imperiales dejaron de avanzar; esos límites precedieron y subyacieron a los trastornos políticos y económicos del siglo III. Ahora, en las condiciones recesivas del Imperio tardío, el trabajo esclavista —ligado siempre a un sistema de expansión política y mi-

[58] Weber observó correctamente que este éxodo fue exactamente lo contrario del modelo típico medieval de la huida de los campesinos de la tierra a las ciudades para conseguir trabajo y libertad urbana. «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur», pp. 306-7.

[59] Hay un buen análisis de la situación monetaria en André Piganiol, *L'Empire chretien (325-395)*, París, 1947, pp. 294-300. Véase también Jones, «Inflation under the Roman Empire», *Economic History Review*, V, núm. 3, 1955, pp. 301-14.

litar— se hizo cada vez más escaso y molesto y, en consecuencia, los terratenientes lo convirtieron progresivamente en una adscripción a la tierra. Un cambio decisivo se produjo cuando la curva del precio de los esclavos —que, como ya hemos visto, subió de forma ininterrumpida durante los primeros doscientos años del principado, debido a la escasez de la oferta— comenzó a mantenerse y a caer durante el siglo III, signo seguro de la contracción en la demanda[60]. Progresivamente, los propietarios dejaron de preocuparse de forma directa por el mantenimiento de muchos de sus esclavos y, con objeto de que se cuidaran de sí mismos, los establecieron en pequeñas parcelas, cuyo plusproducto recógían[61]. Las grandes fincas tendieron a dividirse en reservas señoriales centrales, trabajadas todavía por esclavos, rodeadas por una gran masa de tenencias campesinas, cultivadas por siervos. Es posible que con este cambio la productividad se incrementara marginalmente, aunque no el producto total, dado el descenso global de la mano de obra en el campo. Al mismo tiempo, las aldeas de los pequeños propietarios y de los arrendatarios libres —que siempre habían existido en el Imperio junto a los esclavos— cayeron bajo el «patrocinio» de los grandes magnates rurales, en su búsqueda de protección contra las exacciones fiscales y el reclutamiento forzoso por el Estado, y llegaron a ocupar unas posiciones económicas muy similares a las de los antiguos esclavos.

El resultado de este proceso fue la aparición y el predominio final, en la mayor parte de las provincias, del *colonus*, esto es, el arrendatario campesino dependiente que estaba vinculado a la finca de su señor y le pagaba por su parcela rentas en especie o en dinero, o la cultivaba bajo un acuerdo de reparto de la cosecha (las prestaciones de trabajo propiamente dichas eran anormales). Los *coloni* se quedaban generalmente con la mitad del producto de sus parcelas. Las ventajas económicas que la clase explotadora obtenía con este nuevo sistema de trabajo se pusieron brutalmente de manifiesto cuando los terratenientes

[60] Jones, «Slavery in the ancient world», p. 197; Weber, «Agrarverhältnisse in Altertum», pp. 271-2. Weber sobreestima la caída definitiva de los precios de esclavos durante el Imperio tardío; como Jones demuestra, los precios bajaron aproximadamente hasta la mitad del nivel que tenían en el siglo II, pero los esclavos continuaron siendo una mercancía relativamente cara, excepto en las provincias fronterizas.

[61] El mejor análisis de este proceso es el ensayo póstumo de Marc Bloch, «Comment et pourquoi finit l'esclavage antique?», *Annales E. S. C.*, 2, 1947, pp. 30-44, 161-70.

se mostraron dispuestos a pagar más del precio de mercado de un esclavo para evitar la llamada a filas de un *colonus*[62]. Diocleciano había decretado que los arrendatarios debían considerarse adscritos a sus aldeas a efectos de la recaudación de impuestos y, en consecuencia, los poderes jurídicos de los terratenientes sobre los *coloni* aumentaron ininterrumpidamente durante los siglos IV y V con los sucesivos decretos de Constantino, Valente y Arcadio. Mientras tanto, los esclavos agrícolas dejaron de ser gradualmente mercancías convencionales hasta que Valentiniano I —el último gran emperador pretoriano de Occidente— prohibió formalmente su venta separados de las tierras que trabajaban[63]. Así, por un proceso convergente, se formó en el Imperio tardío una clase social de productores rurales dependientes, jurídica y económicamente distintos de los esclavos y de los arrendatarios libres o de los pequeños propietarios. La aparición de estos colonos no significó una disminución en la riqueza o en el poder de la clase terrateniente: al contrario, debido precisamente a que absorbió a los antiguos pequeños campesinos independientes y al mismo tiempo alivió los problemas de la dirección y supervisión de las grandes fincas, este proceso entrañó un aumento global en las dimensiones de las fincas de la aristocracia romana. Las posesiones totales de los magnates rurales —frecuentemente dispersas por muchas provincias— alcanzaron su cenit en el siglo V.

Naturalmente, la esclavitud no desapareció en absoluto. El sistema imperial no podía prescindir de ella, porque el aparato de Estado todavía se basaba en unos sistemas esclavistas de aprovisionamiento y comunicaciones, que conservaban casi toda su fuerza tradicional hasta el mismo fin del Imperio en Occidente. Aunque su papel en la producción artesanal urbana descendió de forma notable, los esclavos proporcionaban en todas partes un lujoso servicio doméstico a las clases poseedoras. Por otra parte, los esclavos continuaron siendo relativamente numerosos en el campo, trabajando los latifundios de los terratenientes de las provincias, al menos en Italia y en Hispania, y probablemente también en la Galia en mayor grado de lo que a menudo se supone. Melania, mujer noble que se convirtió a la religión a principios del siglo V, quizá poseyera 25.000 esclavos únicamente en 62 aldeas situadas en sus pose-

[62] Jones, *The later Roman Empire*, II, p. 1042.

[63] Jones *The later Roman Empire*, II, p. 795.

siones locales cerca de Roma[64]. El sector esclavista de la economía rural, la población esclavista dedicada al servicio y las industrias esclavistas pertenecientes al Estado eran más que suficientes para asegurar que el trabajo continuara marcado por la degradación social y que los inventos estuvieran alejados del ámbito laboral. «Al morir [la esclavitud] dejó detrás de sí su aguijón venenoso bajo la forma de proscripción del trabajo productivo por los hombres libres», escribió Engels. «Tal es el callejón sin salida en el cual se encontraba el mundo romano»[65]. Los aislados descubrimientos técnicos del principado, ignorados en los momentos culminantes del modo de producción esclavista, permanecieron igualmente ocultos en la época de su desintegración. La tecnología no recibió ningún impulso con la conversión de los esclavos en *coloni*. Las fuerzas de producción de la Antigüedad permanecieron bloqueadas en sus niveles tradicionales.

Pero con la formación del colonato, el hilo conductor de todo el sistema económico se desplazó, pasando básicamente a la relación establecida entre el productor rural dependiente, el señor y el Estado. En efecto, la enorme maquinaria militar y burocrática del Imperio tardío exigía un precio terrible a una sociedad cuyos propios recursos económicos ya habían disminuido. La aparición de exacciones fiscales urbanas debilitó al comercio y la producción artesana en las ciudades. Pero, sobre todo, una abrumadora carga de impuestos cayó incansable e insoportablemente sobre el campesinado. Los presupuestos anuales o «indicciones» se duplicaron entre el año 324 y el 364. A finales del Imperio, el volumen de los impuestos sobre la tierra era probablemente tres veces superior al de la República tardía, y el Estado absorbía entre un cuarto y un tercio del producto agrícola bruto[66]. Además, el coste de la recaudación de impuestos recaía sobre el sujeto, que podía pagar hasta un 30 por ciento por encima de las tarifas oficiales para aplacar y mantener a los funcionarios que le esquilmaban[67]. Los im-

[64] En total, Melania poseía tierras en Campania, Apulia, Sicilia, Tunicia, Numidia, Mauritania, Hispania y Britania y, con todo, sus ingresos únicamente eran para sus contemporáneos los de una familia senatorial de mediana riqueza. Véase Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 793, 782, 554.

[65] Marx-Engels, *Selected works*, Londres, 1968, p. 570. [*Obras escogidas*, 2 vols., Madrid, Akal, 1975, vol. II, p. 317.]

[66] A. H. M. Jones, «Over-taxation and the decline of the Roman Empire», *Antiquity*, XXXIII, 1959, pp. 39-40.

[67] Jones, *The later Roman Empire*, I, p. 468.

puestos eran recaudados a menudo por los propios terratenientes, que podían evadir sus propias obligaciones fiscales a la vez que hacían cumplir las de sus *coloni*. La Iglesia establecida —un complejo institucional que, a diferencia de las anteriores civilizaciones del Oriente Próximo, era desconocido en la Antigüedad clásica— añadía una nueva carga parasitaria a la ya difícil situación de la agricultura, de la que extraía el 90 por ciento de sus rentas. El lujo ostentoso de la Iglesia y la implacable avaricia del Estado se vieron acompañados por una drástica concentración de la propiedad privada rural, ya que los grandes magnates de la nobleza adquirieron las fincas de los terratenientes menores y se apropiaron las tierras de los antiguos campesinos libres.

El Imperio estaba, pues, desgarrado por las crecientes dificultades económicas y la polarización social cuando transcurrían los últimos años del siglo IV. Pero estos procesos sólo llegaron a su fin en Occidente con el colapso de todo el sistema imperial ante los invasores bárbaros. El análisis convencional de este desastre final recurre a la concentración de la presión germánica sobre las provincias occidentales y a su vulnerabilidad estratégica, generalmente superior a la de las provincias orientales. Según el célebre epitafio de Piganiol, *l'Empire romain n'est pas mort de sa belle mort; il a été assassiné*[68]. Este análisis tiene el mérito de insistir en el carácter irreductiblemente *catastrófico* de la caída del Imperio en Occidente contra los numerosos intentos eruditos de presentarlo como una mutación pacífica e imperceptible, de la que apenas se percataron quienes la vivieron[69]. Pero la creencia de que «la debilidad interna del Imperio no pudo haber sido un factor importante de su decadencia» es claramente insostenible[70]. Esta

[68] «El Imperio romano no murió de muerte natural; fue asesinado»: *L'Empire chrétien*, p. 422.

[69] La opinión extrema fue expresada por Sundwall: *das weströmische Reich ist ohne Erschütterung eingeschlafen* («el Imperio romano de Occidente cayó dormido sin convulsiones»): J. Sundwall, *Weströmische Studien*, Berlín, 1915, p. 19; frase muy citada desde entonces, especialmente por Dopsch, y recientemente adoptada todavía por K. F. Stroheker, *Germanentum und Spätantike*, Zurich, 1965, pp. 89-90. Estos diversos juicios no han estado libres de la intromisión del sentimiento nacional.

[70] Esta es la última frase de la obra de Jones: *The later Roman Empire*, II, 1068, pero el peso de sus propias pruebas contradice esa conclusión. La grandeza y los límites de Jones como historiador están resumidos en la breve y soberbia nota de Momigliano, *Quarto contribuito alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1969, pp. 645-7, que critica con justicia esta conclusión.

creencia no ofrece una explicación estructural de las razones por las que el Imperio de Occidente sucumbió ante las bandas primitivas de invasores que lo recorrieron durante el siglo V, mientras que el Imperio de Oriente —contra el que sus ataques habían sido inicialmente mucho más peligrosos— se libró y sobrevivió. La respuesta a esta cuestión radica en todo el desarrollo histórico previo de ambas zonas del sistema imperial romano. Los análisis ortodoxos sitúan casi siempre su crisis final en un marco temporal excesivamente corto; en realidad, las raíces de los dispares destinos del Mediterráneo oriental y occidental en el siglo V se remontan hasta los orígenes de sus respectivas integraciones en el ámbito romano a comienzos de la expansión republicana. Como hemos visto, el Occidente fue el verdadero campo de pruebas de la expansión imperial romana, el escenario de la auténtica y decisiva ampliación de todo el universo de la Antigüedad clásica. Aquí fue donde se transportó con éxito y se implantó en un terreno social prácticamente virgen la economía esclavista republicana, perfeccionada en Italia. Aquí fue donde se fundaron la inmensa mayoría de las ciudades romanas. Aquí fue donde siempre residió el grueso de la clase dirigente de las provincias que se elevó al poder con el principado. Aquí fue donde la lengua latina se convirtió —primero oficial y después popularmente— en el principal idioma hablado. En Oriente, por el contrario, la conquista romana únicamente se superpuso y coordinó a una civilización helenística avanzada, que ya había establecido la «ecología» social básica de la región: las ciudades griegas, el *hinterland* campesino/nobiliario, la monarquía oriental. El modo de producción esclavista desarrollado que impulsó al sistema imperial romano se estableció, pues, desde su origen, principalmente en Occidente. Por tanto, era lógico y presumible que las contradicciones internas de este modo de producción llegaran también a su conclusión más extrema en Occidente, donde no fueron amortiguadas ni bloqueadas por ninguna forma histórica anterior o alternativa. Los síntomas fueron más extremos allí donde el medio era más puro.

Así, para empezar, el descenso en la población del Imperio a partir del siglo III tuvo que afectar con más rigor a Occidente, mucho menos densamente habitado, que a Oriente. Los cálculos exactos son imposibles, aunque puede estimarse que en el Imperio tardío la población de Egipto ascendía probablemente a unos 7.500.000 habitantes, mientras que la Galia tenía

quizá alrededor de 2.500.000 [71]. Las ciudades de Oriente eran, desde luego, mucho más numerosas y conservaron su vitalidad comercial en un grado muy superior. La brillante ascensión de Constantinopla como segunda capital del Imperio fue el mayor éxito urbano de los siglos IV y V. A la inversa, no fue un accidente que los latifundios esclavistas estuvieran más concentrados hasta el mismo final del Imperio en Italia, Hispania y la Galia, es decir, donde se habían establecido en primer lugar. Es más sorprendente que el modelo geográfico del nuevo sistema del colonato siguiera la misma división básica. La institución del colonato procedía de Oriente, especialmente de Egipto, donde apareció por vez primera. Es, por tanto, llamativo que su conversión en un importante sistema rural tuviera lugar en Occidente, donde llegó a predominar en un grado mucho mayor que en la agricultura helenística del Mediterráneo oriental [72]. Asimismo, el *patrocinium* fue en su origen un fenómeno común a Siria y Egipto, donde normalmente representaba la concesión de una protección oficial militar a las ciudades contra los abusos cometidos por los pequeños funcionarios del Estado. Pero fue en Italia, la Galia e Hispania donde llegó a significar la entrega que un campesino hacía de sus tierras a un terrateniente, el patrón, que después se las cedía de nuevo como tenencia temporal (el llamado *precario*) [73]. Este tipo de patrocinio nunca llegó a estar tan extendido en Oriente, donde las aldeas libres conservaron a menudo sus propios concejos autónomos y su independencia como comunidades rurales durante más tiempo que las mismas ciudades municipales [74], y donde, por consiguiente, la pequeña propiedad campesina —combinada con tenencias adscripticias y dependientes— subsistió en un grado mucho mayor que en Occidente. La carga impositiva imperial también parece haber sido relativamente más ligera en Oriente: es posible que, al menos en Italia, las exacciones fiscales sobre la tierra ascendieran durante el siglo V al doble de las de Egipto. Además, los índices oficialmente admitidos de extorsión por parte de los recaudadores de impuestos, en forma de «honorarios» por sus servi-

[71] Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 1040-1.
[72] Joseph Vogt, *The decline of Rome*, Londres, 1965, pp. 21-2. [*La decadencia de Roma*, Madrid, Guadarrama, 1968.]
[73] M. T. W. Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, Oxford, 1972, pp. 149-52; Vogt, *The decline of Rome*, p. 197.
[74] Jones, *The Greek city from Alexander to Justinian*, pp. 272-4.

cios, parecen haber sido seis veces más altos en Occidente que en Oriente [75].

Finalmente, y sobre todo, ambas regiones estuvieron dominadas por unas clases poseedoras significativamente diferentes. En Oriente, los propietarios rurales constituían una nobleza media, basada en las ciudades y acostumbrada a estar excluida del poder político central y a obedecer las órdenes reales y burocráticas: fue la única ala de la clase terrateniente de provincias que nunca produjo una dinastía imperial. Con el aumento de la movilidad ascendente en el Imperio tardío y la creación de una segunda capital en Constantinopla, este estrato proporcionó el grueso de la administración estatal de Oriente. Fueron ellos quienes formaron la inmensa mayoría de los «funcionarios cristianos» y atestaron el nuevo Senado de Constantinopla, ampliado hasta 2.000 miembros por Constancio II y compuesto únicamente por funcionarios y dignatarios arribistas de las provincias de habla griega. Su riqueza era más limitada que la de sus más viejos y más altos colegas de Roma, su poder local era menos opresivo y, en consecuencia, su lealtad al Estado era mayor [76]. Desde Diocleciano a Mauricio prácticamente no hubo en Oriente ninguna guerra civil, mientras Occidente fue asolado por las repetidas usurpaciones y las luchas internas en el seno de la clase de los magnates. En parte, esto se debió a la tradición política de la veneración helenística hacia los sagrados soberanos reales, todavía fuerte en aquella región, pero fue también un reflejo del diferente equilibrio social entre el Estado y la nobleza. Ningún emperador de Occidente intentó nunca frenar la expansión del *patrocinium*, a pesar de que sustraía grandes áreas territoriales a la vigilancia de los agentes del Estado; sin embargo, los sucesivos emperadores de Oriente legislaron repetidamente contra él durante el siglo IV [77].

La aristocracia senatorial de Occidente representaba una fuerza completamente distinta. En estos momentos ya no comprendía a la misma red de familias de los comienzos del principado: los bajísimos índices de natalidad de la aristocracia

[75] Jones, *The later Roman Empire*, I, pp. 205-7, 468; III, p. 129. Posiblemente, en Italia los impuestos se llevaban hasta los dos tercios de la cosecha de los campesinos. Naturalmente, los terratenientes no pagaban una parte comparable de la carga fiscal. Sus obligaciones eran especialmente evadidas en Occidente. Para Sundwall, la incapacidad del Estado imperial para gravar adecuadamente a la aristocracia terrateniente fue la causa de su colapso final en Occidente; *Weströmische Studien*, p. 101.

[76] Peter Brown, *The world of late Antiquity*, Londres, 1971, pp. 43-4.

[77] Jones, *The later Roman Empire*, II, pp. 777-8.

romana y la turbulencia política de la época posterior a los Antoninos habían elevado al poder a nuevos linajes en todo Occidente. Los terratenientes provinciales de la Galia e Hispania perdieron importancia política en la capital a mediados del Imperio [78]. Por otra parte, es digno de mención que la única zona que produjo en esta época una «dinastía» separatista fue la Galia, donde una serie de usurpadores regionales —Póstumo, Victorino y Tétrico— mantuvieron un régimen relativamente estable, cuyo poder se extendió hasta Hispania, durante más de una década. Naturalmente, la nobleza italiana se había mantenido más cerca del centro del sistema político imperial. Sin embargo, la llegada de la tetrarquía recortó drásticamente las prerrogativas tradicionales de la aristocracia rural en todo Occidente, aunque no redujo su fuerza económica. A lo largo del siglo III, la clase senatorial había perdido sus mandos militares y buena parte de su influencia política, pero nunca fue privada de sus tierras y nunca olvidó sus tradiciones: las fincas, que siempre fueron las más extensas del Imperio, y los recuerdos de un pasado antiimperial. Diocleciano, de orígenes extremadamente humildes y de visión toscamente cuartelera, había privado al orden senatorial de casi todos los gobiernos provinciales y lo había excluido sistemáticamente de los altos cargos administrativos de la tetrarquía. Sin embargo, su sucesor Constantino invirtió esa política antiaristocrática y abrió de nuevo ampliamente los altos rangos del aparato burocrático imperial de Occidente a la clase senatorial, ahora fusionada con el orden ecuestre para formar la única nobleza de los *clarissimi*. Bajo su gobierno, los *praesides* y *vicarii* senatoriales se multiplicaron una vez más por Italia, Hispania, el norte de Africa y por el resto de Occidente [79]. El motivo del acercamiento de Constantino a la aristocracia occidental puede deducirse del otro gran cambio de su reinado: su conversión al cristianismo. El orden senatorial de Occidente era no sólo el sector económica y políticamente más poderoso de la nobleza rural del Imperio, sino también el reducto ideológico del paganismo tradicional

[78] Para algunos análisis del papel de las noblezas de Hispania y la Galia en el Imperio tardío, véase K. F. Stroheker, «Spanische Senatoren der spätromischen und westgotischen Zeit», *Germanentum und Spätantike*, pp. 54-87; y *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien*, Tubinga, 1948, pp. 13-42. Stroheker insiste en la tardía rehabilitación política conseguida por ambas, después de su eclipse en el siglo III, en la época de Graciano y Teodosio.

[79] Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, páginas 216-9, ofrece cálculos estadísticos.

y potencialmente el más hostil a las innovaciones religiosas de Constantino. La reintegración de esta clase en la élite administrativa imperial se inspiró probablemente, a corto plazo, en la necesidad de congraciarse con ella en medio de los peligros que representaba el establecimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio [80]. Pero, a largo plazo, lo que aseguró su rehabilitación política fueron las fortunas y las conexiones de las grandes familias patricias de Occidente: los clanes emparentados de los Anicios, Beticios, Escipiones, Ceionios, Acilios y otros.

Porque, en efecto, la aristocracia senatorial de Occidente, marginada políticamente bajo la tetrarquía, se había recuperado económicamente hasta un nivel increíble. Los altos índices de absorción y los bajos índices de natalidad habían conducido a concentraciones cada vez mayores de propiedad territorial en las manos de un número cada vez más reducido de magnates, hasta el punto de que los ingresos medios de la aristocracia occidental durante el siglo IV fueron aproximadamente cinco veces superiores a los de sus predecesores del siglo I [81]. Los emperadores que sucedieron a Constantino fueron con frecuencia oficiales militares de baja extracción social, reclutados a menudo, desde Joviano en adelante, en las *scholae palatinae* o guardias de palacio [82], pero todos ellos, incluso el francamente antisenatorial Valentiniano I, acabaron por confiar a los *clarissimi* los puestos civiles claves de la administración occidental, desde la prefectura pretoriana para abajo. La diferencia con Oriente es impresionante: allí, las mismas funciones burocráticas eran ocupadas por plebeyos, y aquellos pocos aristócratas que conseguían nombramientos eran a menudo —lo que

[80] Arnheim, *op. cit.*, pp. 5-6, 49-51, 72-3. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que por mucha resistencia que la clase senatorial de Occidente opusiera a la cristianización imperial, dentro de sus propias filas, y de modo informal, toleraba la diversidad religiosa en las pautas de conducta y de matrimonio. Véase Peter Brown, *Religion and society in the age of St. Agustine*, Londres, 1972, pp. 161-82.

[81] Brown, *The world of late Antiquity*, p. 34. Durante el Imperio tardío —y en un tiempo de exacciones fiscales sin precedentes— la aristocracia terrateniente probablemente extrajo en rentas una parte del excedente agrícola superior a la que el Estado imperial obtenía en impuestos; véase Jones, «Rome», *Troisième Conference Internationale d'Histoire Economique*, p. 101.

[82] Joviano, Valentiniano I, Valente y Mayoriano fueron oficiales de las *scholae*. Para un análisis penetrante de la función de la tardía élite militar del Imperio, véase R. I. Frank, *Scholae Palatinae. The palace guards of the later Roman Empire*, Roma, 1969, especialmente pp. 167-94.

es todavía más sorprendente— occidentales [83]. La maquinaria militar del Imperio de Occidente se mantuvo fuera del centro de la red aristocrática occidental. Pero con la muerte de Valentiniano, en el año 375, la plutocracia senatorial recuperó progresivamente el cargo imperial de manos del ejército y con ciego egoísmo patricio destrozó gradualmente todo el aparato defensivo que había constituido la preocupación fundamental de los emperadores militares desde Diocleciano. La evasión fiscal y la negativa al reclutamiento forzoso habían sido males endémicos entre la clase terrateniente occidental. Su ya probado carácter civil recibió ahora un nuevo impulso con el paso de los mandos militares de Occidente a los generales germanos, que eran étnicamente incapaces de asumir la dignidad imperial, como habían hecho sus predecesores de Panonia, y estaban expuestos a la xenofobia popular de los soldados que dirigían como nunca lo habían estado los generales de los Balcanes. Argobasto o Estilicón, un franco y un vándalo, nunca pudieron transformar su autoridad militar en un poder político estable. Una serie de emperadores débiles, Graciano, Valentiniano II y Honorio, pudo ser manipulada por las camarillas aristocráticas de Roma contra esos generales, aislados y extranjeros, cuyas responsabilidades en la defensa no les garantizaban ya el dominio o la seguridad del interior. Al fin, y de forma fatal, la nobleza terrateniente de Occidente reconquistó una influencia fundamental dentro del Estado imperial.

Al cabo de unos años, este golpe aristocrático desde arriba fue seguido de insurrecciones masivas desde abajo. Ya desde finales del siglo III se habían producido esporádicas rebeliones campesinas en la Galia e Hispania: esclavos fugitivos, desertores del ejército, *coloni* arruinados y pobres rurales se habían unido periódicamente en bandas de salteadores, llamados bagaudes, que durante años interminables habían desencadenado guerras de guerrillas contra las guarniciones militares y los notables de las provincias, siendo necesaria en ocasiones la intervención directa del emperador para someterlos. Estas insurrecciones, que no tuvieron equivalente en Oriente, combinaban las rebeliones tanto contra la esclavitud como contra el colonato, esto es, contra los sistemas de trabajo inicial y final del Occidente agrícola. A comienzos del siglo V, y en medio de la insoportable presión de los impuestos y las rentas y de la

[83] Arnheim, *The senatorial aristocracy in the later Roman Empire*, páginas 167-8.

destrucción e inseguridad de las fronteras que siguió a la restauración senatorial, las insurrecciones de los bagaudes explotaron con una nueva y superior intensidad en los años 407-417, 435-437 y 442-443. En la zona rebelde central de la Armórica, que se extendía hacia el norte desde el valle del Loira, los insurgentes campesinos crearon un Estado prácticamente independiente, expulsando a los funcionarios, expropiando a los terratenientes, castigando con la esclavitud a los propietarios de esclavos y creando su propio ejército y sistema judicial[84]. La polarización social de Occidente acabó, pues, en un doble y sombrío final, en el que el Imperio fue desgarrado desde arriba y desde abajo por fuerzas del interior antes de que otras fuerzas del exterior le dieran el golpe de gracia.

[84] Para los bagaudes, véase V. Sirago, *Gallia Placidia e la trasformazione politica dell'Occidente*, Lovaina, 1961, pp. 376-90; E. A. Thompson, «Peasant revolts in late Roman Gaul and Spain», *Past and Present*, noviembre de 1952, pp. 11-23, que es con mucho el mejor relato sinóptico. La importancia de la esclavitud gala es evidente por los informes de la época. Thompson comenta: «Nuestras fuentes parecen indicar que estas rebeliones se debieron ante todo a los esclavos agrícolas o, en todo caso, estos esclavos desempeñaron en ellas un papel fundamental» (p. 11). La otra categoría principal de pobres agrícolas —los *coloni* dependientes— participó también, sin duda alguna, en las insurrecciones de la Galia e Hispania. Los erráticos *circumcelliones* de Africa del Norte eran, por el contrario, trabajadores rurales libres de una condición más elevada, inspirados por el donatismo. El carácter social y religioso de este movimiento hace de él un fenómeno aparte que nunca fue tan masivo ni tan peligroso como los bagaudes. Véase B. H. Warmington, *The North African provinces from Diocletian to the Vandals*, Cambridge, 1954, páginas 78-8, 100.